

*Ediciones Bilibelco, S.A.
Soy Español*



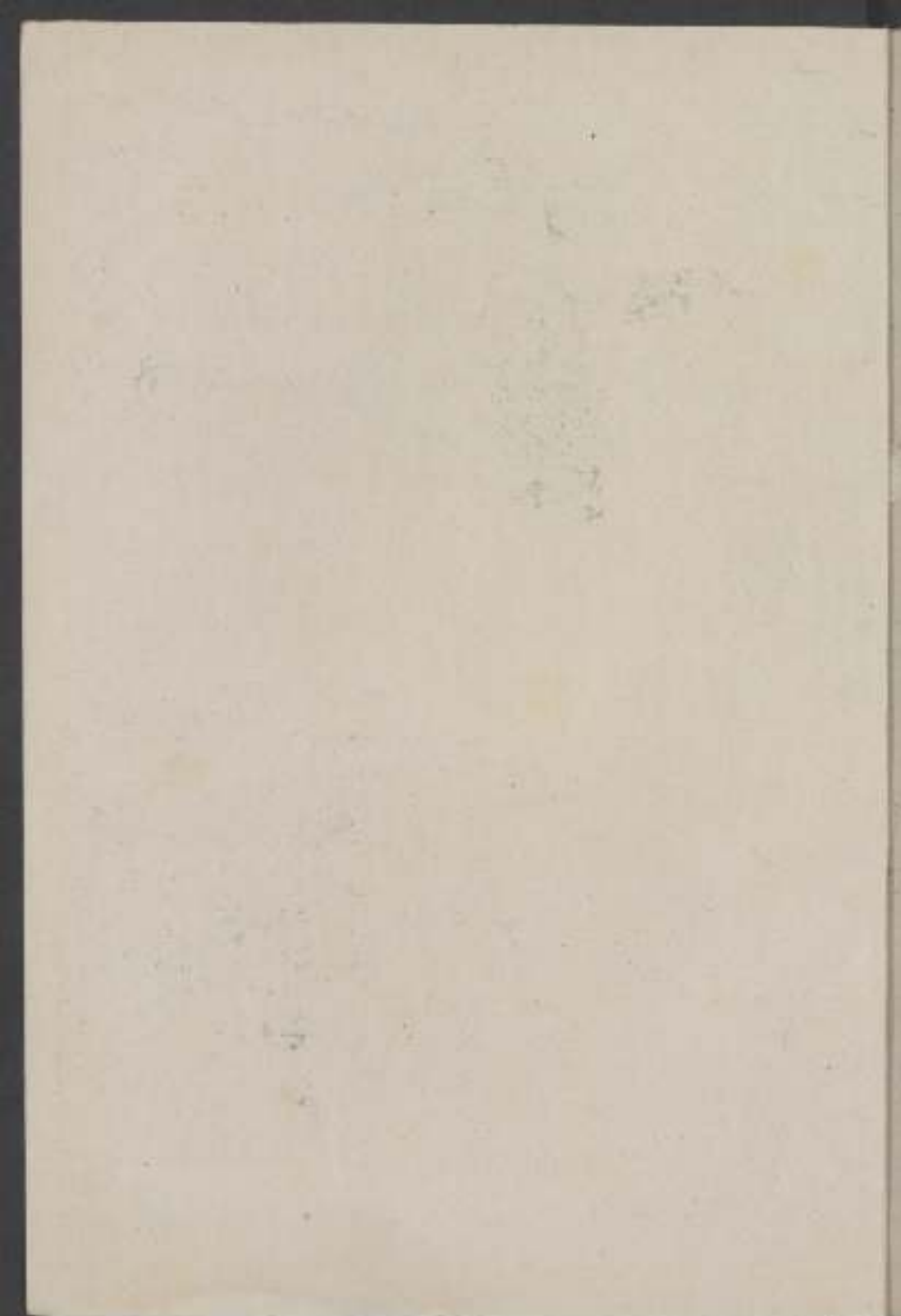
EL IMPERIO
FANTASMA

EL RAYO *de la Muerte.*

Fallorin y Jiras



FLASH GORDON







Se reservan los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 25A - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbuz, 16, Barcelona - Terrera, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"



AÑO XX

SERIE ESPECIAL

NUM. 355

NUM. 106

EL RAYO DE LA MUERTE

SEGUNDA PARTE DE
EL IMPERIO FANTASMA

Final de las maravillosas aventuras de Flash y de los hermanos Baxter en su lucha contra los superhombres de Murania y contra la pandilla de malvados que capitanea Beetson. La ciudad de Murania perece a causa de su soberbia y los desalmados reciben un castigo ejemplar, que pone una vez más de manifiesto la nobleza, la audacia y la valentía de Flash Gordon.

EXCLUSIVA NUEVA FILMS, S. A.

Avenida José Antonio, 22 - Madrid

Distribuida para Cataluña, Aragón y Baleares **EXCLUSIVA SIMO** ARAGON, 249
BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Flash Gordon</i>	Gene Autry
<i>Frankie Baxter</i>	Frankie Darro
<i>Betsy Baxter</i>	Betsy King Ross
<i>Reina Tika</i>	Dorothy Christy
<i>Argo</i>	Wheeler Oakman

Director:

Otto Brower
y B. Reeves Eason

Narración literaria por
Juan Planas

¡DINAMITA!

Mientras los hermanos Baxter esperaban el regreso de los profesores con el corazón en un puño, puesto que estaban enterados del propósito de aquellos villanos de emplear la dinamita para obtener el precioso uranio, los «robots» habían acabado de arreglar el cable cortado por los partidarios de Argo y la ciudad volvía a estar iluminada, pudiendo procederse a la busca y captura de Flash.

—¿Funciona el ascensor?—preguntó la reina a su senescal.

—Véalo, Majestad — respondió éste, señalando la pantalla televisora.

En efecto, el ascensor continuaba sus viajes entre el centro de la tierra y la superficie de la misma. La reina lanzó un suspiro de satisfacción y dijo:

—El ascensor es el único medio que tiene Gordon para escapar. Tengo que vigilar de cerca.

En aquel preciso instante, Gordon atravesaba las calles transportando un fardo con el cual ocultaba su rostro. Como esto en Murenia era muy poco corriente, Flash, sin saberlo, llamaba la atención. Ya estaba cerca del ansiado ascensor, cuando el teniente de la Guardia encargado de capturarlo, hizo observar al compañero con quien se dirigía al palacio:

—Las cosas deben ir mal, si un muranio tiene que trabajar. ¿Qué le habrá pasado a su «robot»?

Estas palabras alarmaron a Flash, que echó a correr hacia el cercano ascensor, lo cual permitió reconocerle al compañero del teniente de la Guardia.

—¡Es Gordon!

Flash se quitó de encima el ya inútil fardo y entró en el ascensor, dando con la puerta en las narices a los soldados, que habían estado a punto de cogerle.

Mientras el ascensor subía a una velocidad vertiginosa hacia la galería superior, el teniente se separaba de su amigo, comunicándole:

—Debo avisar a la reina en seguida.

Cuando ésta supo que Flash se dirigía a la entrada de la superficie, empleando para ello el ascensor, corrió al aparato de televisión y gritó a la Guardia del Trueno:

—Guardia del Trueno, Gordon se dirige hacia ustedes. Deténganle vivo o muerto, pero pronto—cerró la comunicación y dijo a su senescal: No escapará, porque al menos mis guardias son leales y no tardaré en saber quién fué el que le ayudó a huir de la Cámara de la Muerte.

Cuando llegó Flash a la galería de superficie, se halló con la sorpresa de que los soldados le estaban esperando. Cerró precipitadamente la puerta del ascensor y descendió a la galería próxima, donde trabajaban los «robots». Pero encontró que los soldados le habían seguido hasta allí. Casi le atraparon, a pesar de que se apresuró a cerrarles el paso, y uno de los muranios, más atrevido que los demás, logró introducirse en el ascensor.

Flash y el soldado entablaron una lucha feróz por la posesión de los mandos del aparato, que descendía a la ciudad como una piedra arrojada al vacío, poniendo en fuga a los muranios que se paseaban por las cercanías del mismo.

La reina tuvo noticia de ello, y ordenó a todos los soldados de Murania que se reuniesen en el cuartel general de la Guardia Real, para apresar a Gordon en cuanto llegase al nivel de la ciu-

dad. Todos obedecieron prestamente, y de esta forma quedó desierta la galería de la entrada de superficie.

Estas órdenes y la rapidez con que fueron consumadas permitieron a Flash desembarazarse, en el interior del ascensor, de su tenaz adversario, teniendo para ello que emplear todo su vigor y su astucia de maravilloso púgil. Así que su contrincante quedó tendido en el suelo sin sentido. Flash movió la palanqueta de elevación y se encontró en la galería paralela al Valle del Trueno.

Abandonó el ascensor con suma cautela. Al parecer la galería estaba desierta. Se encaminó silencioso como un fantasma hacia el mecanismo que movía la puerta secreta, que estaba junto al lugar en que se trababan los caballos de la Guardia. Se preparaba a apretar el resorte de la puerta, cuando un cuerpo salió de la obscuridad, precipitándose contra él.

Era un soldado, dejado por el teniente para custodiar las monturas.

Flash no quería ni podía perder el tiempo, lo que hubiera significado desperdiciar una oportunidad estupenda de fugarse del Imperio Fantasma. Pero su enemigo era muy vigoroso, y Flash no pudo esquivar los golpes que llovían sobre él y que terminaron por arrojarle al suelo.

Al saltar el soldado en su dirección para estrangularle, una pierna de Flash salió disparada, enviándole contra la pared. Durante un segundo el muranio se quedó aturdido y Flash supo aprovecharlo. Con la agilidad de una golondrina, arrancó el casco de respiración a su adversario. Este no tardó en asfixiarse y jadeó:

—No... no puedo... puedo respirar.

—Te daré el casco, si me sacas de aquí—dijo Flash.

El muranio se puso en pie con gran dificultad y apretó el resorte de salida. Flash montó de un salto en un caballo blanco y, echando a los pies de su enemigo el casco de respiración, se lanzó al galope tendido por el Valle del Trueno.

En aquel instante llegaban la Guardia del Trueno y el teniente. Al ver la puerta abierta, supusieron lo ocurrido, ocuparon sus caballos y emprendieron como una tromba la persecución de Flash.

Este, avisado por el trueno del nuevo peligro que se cernía

sobre él, condujo su corcel hacia las colinas, donde el terreno era más apropiado para burlar a los soldados. Varios minutos pasaron antes de que dejara atrás a los muranios, pero, dado que éstos no cejaban en sus deseos de apresarle, se subió a un árbol, después de haber ocultado su caballo.

El teniente, asombrado de la brusca desaparición de Flash, mandó detenerse a sus hombres y exclamó, estudiando la configuración del paraje:

—Le hemos perdido. Gordon debe de haberse escondido en esa colina. Cercadla toda, Sección primera, a la derecha; sección segunda, a la izquierda.

El instinto del teniente fué certero y adivinó la colina escogida por Flash para ocultarse. Los soldados la rodearon por todas partes y subieron hacia la cima, bastante distanciados unos de otros. Cuando uno de ellos llegó al pie del árbol en que estaba encaramado, Flash se dejó caer encima de él y el muranio perdió los sentidos al recibir sobre la cabeza todo su peso.

Inmediatamente, Flash se quitó la capa, envolvió con ella al soldado y lo puso en la silla de su caballo blanco. Mientras cogía de la brida al de su enemigo, envió al suyo propio de un fatigazo hacia el espacio despejado de las colinas.

—¡Es Gordon!—chilló el teniente, al ver al jinete a distancia.

Y se lanzó con sus hombres tras el caballo blanco, pudiendo Flash, de esta manera, continuar tranquilamente su camino hacia el rancho.

Mientras esto sucedía, Frankie había decidido escapar de la cima, en que había caído con su hermana, y decía a ésta, frotando vigorosamente dos palos para encender fuego:

—Trae un poco de leña para hacer fuego de señal. No saldremos de aquí, si te cruzas de brazos.

—Hemos venido aquí para salvar a Flash de Murania y mira cómo estamos—exclamó Betsy, recogiendo los palitos esparcidos cerca de ellos—. Deberíamos haber tenido más sentido común y no haber venido a este agujero.

—¿Cómo iba a saber que se llevarían la escala y que nos de-

jarían con un palmo de narices?—protestó Frankie, trabajando activamente.

—Debías saber que no puedes fiarte del profesor Beetson y demás pajarracos—fué la sensata respuesta de Betsy, poniendo un montón de leña al alcance de su hermano.

—Muy bien—gruñó Frankie, frotando con rabia los trozos de madera, muy ofendido por el sentido común de Betsy.

Si Frankie no adelantaba en la tarea de hacer arder dos palos por frotación, los profesores, en cambio, ultimaban sus preparativos para barrenar las paredes del depósito de uranio, colocando en el avión varias cajas llenas de dinamita.

—Si alguien se enterase, tendríamos que repartir con los dueños del terreno y con el Gobierno—dijo Saunders a Beetson.

—Todo está listo, profesor—avisó Sharp, saliendo del aeroplano.

—Bien—contestó Beetson—Despegaremos inmediatamente y volveremos en seguida a la excavación.

Y entraron todos en el avión, cuyo motor comenzó a roncar...

En la cima, la irritación de Frankie, al no poder encender el fuego, había llegado al colmo, sobre todo porque Betsy se burlaba de sus inútiles esfuerzos. Finalmente, Betsy sacó una caja de cerillas del bolsillo y encendió la leña preparada, sin que Frankie lo notase.

—Si no conseguimos hacer pronto la señal del humo, nuestro club no vendrá nunca a ayudarnos—mascullaba el muchacho.

—Y si esos sabios nos pescan, lo vamos a pasar muy mal—agregó Betsy, contemplando la llama creciente de la hoguera encendida por ella.

—¡Ya estoy encendiendo!—gritó incrédulamente Frankie—Huelo a humo.

—Añca, trae un poco de leña—le aconsejó su hermana, señalando la hoguera—No saldremos, si te cruzas de brazos.

—¿Cómo diablos lo has hecho?—preguntó Frankie; y, al ver la caja de cerillas, añadió—: Muy bien; tú serás el fogonero y yo el leñador.

Los muranicos, entretanto, habían detenido el antiguo caballo

de Flash con su inerte jinete. El jefe de la expedición lanzó una exclamación de rabia, tras la cual anunció:

—Hemos dado caza a uno de nuestros propios hombres. Uno de ustedes llévelo pronto a Murania... ¡Vivo! ¡hay que encontrar a Gordon!

Este no estaba tan lejos de ellos como suponían. Se había detenido al descubrir las señales de humo que Frankie emitía con la ayuda de su chaqueta, tapando a intervalos la hoguera con ella. Reconociendo aquellas señales, Flash galopó en dirección del lugar en donde surgían.

Poco más tarde, frenaba a su caballo al borde de la sima y era descubierto por los hermanos Baxter. Frankie soltó un chillido de alegría al reconocer a su providencial salvador.

—¡Flash!—vocó—¿Cómo te escapaste de Murania?

—Ya te lo diré—respondió su amigo—. ¿Qué estáis haciendo ahí abajo?

—No podemos salir—se encargó de responder Betsy.

Flash se puso a buscar la escala de cuerda, siguiendo las indicaciones de Frankie. El ruido del motor del avión de los profesores iba creciendo en el espacio, acercándose a ellos. Los hermanos Baxter apremiaron a Flash, que, finalmente, encontró la escala y la arrojó a la sima, en el momento en que el aeroplano tomaba tierra. Los tres amigos sólo tuvieron el tiempo necesario para ocultarse a poca distancia de la hondonada.

Los profesores se pararon, como si sus pies hubieran echado raíces, ante la escala de cuerda. Jones fué el primero en recobrar el uso de la palabra.

—La escala está abajo. Alguien la utilizó.

—Y han hecho fuego—agregó Beetson.

—Estarán escondidos en el túnel—supuso Cooper.

—No vamos a perder esa fortuna en uranio—dijo siniestramente Beetson, sacando su pistola—. Quienquiera que esté en ese túnel no lo podrá contar a nadie.

Los tres amigos observaron con visible alivio cómo los profesores descendían al abismo por la escala. El ademán de Beetson estaba demasiado henchido de significado para que no agrade-

cieran a la Providencia el interés con que les sacaba de todos los malos pasos.

—Si no nos ayudas a tiempo, nos escabechan—suspiró Betsy.

—Hemos de regresar a las dos—dijo Flash, levantándose—. Y falta muy poco.

—No tenemos tiempo para regresar al rancho a las dos—replicó Frankie.

—Por fuerza...—afirmó Betsy—. Si Flash no habla hoy, perderemos el contrato y el rancho también.

—¡Que nos presten el avión!—exclamó Flash de pronto, poniéndose en movimiento.

Sharp estaba con la espalda apoyada en el marco de la puerta del aeroplano, cuando algo duro chocó contra su cuerpo, mientras una voz conocida y odiada, la de Flash, le advertía secamente:

—¡No se mueva! ¡Le estoy apuntando!... Puede bajar los brazos, pero no haga un movimiento brusco, porque lo pasaría mal.

Sharp obedeció estas órdenes sin protestar, cosa que no hubiera hecho de saber que lo que apoyaba en su espalda era, pura y simplemente, un dedo del simpático vaquero. Una vez en el interior del avión, sentado ante los mandos, Sharp tuvo que poner el motor en marcha, mientras Flash le arrebató la pistola.

—Vuele al rancho de la radio y no pierda tiempo en llegar—le indicó.

El tronar del motor del avión hizo abandonar precipitadamente la cima a los profesores, que treparon por la escala de cuerda... Pero sólo tuvieron ocasión de ver perderse en el espacio al aeroplano. Una investigación subsiguiente les condujo a unos caballos, que Beetson reconoció inmediatamente.

—Esos caballos pertenecen a los hermanos Baxter—dijo—. Deben de ser ellos los que han cogido el avión.

—Vuelve otra vez al rancho—se asombró Cooper.

A bordo del aeroplano reinaba la misma extrañeza de los profesores, al notar que Flash continuaba decidido a aterrizar en el rancho, cosa que significaba su inmediato arresto.

—Pero ¿no defenderán a Flash por asesinato, cuando se presente en el rancho?—se asombró Betsy.

—Daremos la emisión y nos marcharemos antes de que se enteren—aseguró tranquilamente Frankie, que, con gran disgusto de Sharp, estaba manoseando todos los aparatos de vuelo.

La reina de Murania, dado sus continuos desengaños en su intención de apresar a Flash, había reunido su consejo real en la sala del trono, con el propósito de exponer a los miembros del mismo la situación y de encontrar el modo de atajarla.

—Caballeros—dijo—, las cosas han llegado a un punto muy crítico si vuestra reina ha de luchar con enemigos tanto en el interior como en el exterior. Hasta que se haya capturado a Flash Gordon, no podremos identificar al traidor que le ayudó a escapar de la Cámara de la Muerte.

Estas palabras inquietaron a Argo por los motivos que es de suponer. La reina ignoraba que de sus decisiones dependía que se desencadenase contra ella la tempestad de la revolución. Estaba, pues, decidido a protestar, cuando sonó la campana de comunicación en la pantalla de televisión de la sala del trono. La reina accionó el receptor y apareció en la pantalla el jefe de los guardias del Trueno que buscaban a Flash en la superficie.

—Flash Gordon se nos ha evadido—anunció el jefe—. ¿Puede Su Majestad localizarlo en la pantalla de televisión y dirigir nuestra búsqueda?

—Inmediatamente, comandante—contestó la reina—. Y le felicito por su ánimo.

Fue cuestión de un segundo ubicar el aeroplano de los profesores en el instante en que Flash prometía a sus amigos:

—Y tan pronto como lleguemos y nos quedemos solos, os diré el sitio exacto de la entrada de Murania.

El rostro de la reina expresó odio. Segura ya de que el comandante de la Guardia del Trueno se había enterado de la posición de su enemigo, mandó cortar la comunicación y se sentó en el trono, diciendo a sus ministros:

—Debemos capturarles. Saben ya demasiado.

—Sería más sencillo, Majestad, destruirlos donde están—sugirió el senescal.

—Desde luego—convino con él Argo—. Haga añicos el aeroplano.

La reina lanzó a su canciller una mirada poco tranquilizadora, en la que se pintaba la desconfianza, pero dominó el temblor de su voz con un esfuerzo de voluntad antes de responder:

—¿Olvida, canciller, que hasta ahora no habíamos tenido un traidor en nuestro reino? No debemos regatear esfuerzos para traer a Flash Gordon a Murania. Así averiguaré quién fué el misterioso cómplice que le ayudó...

Hizo una pausa durante la cual compuso sus pensamientos. Después siguió diciendo:

—Gordon con tres compañeros van en un aeroplano camino del rancho. Les obligaré a aterrizar.

Repitió estas palabras a través del aparato de televisión del nivel de superficie y mandó a los soldados que en él quedaban la captura de los ocupantes del avión. Hecho esto, cambió la fase de la onda televisora y se puso en contacto con Suma, el encargado de la sala de armas.

—Sí, Majestad—contestó Suma, que se había acercado a la pantalla de televisión al oír la llamada.

—¿Puede emitir un rayo de interferencia que pare el aeroplano en que vuela Flash Gordon?—le preguntó la reina.

—Sí, Majestad.

—Hágalo en seguida. Destruya todas sus bujías y obliguelos a aterrizar. Debemos pararlos antes de que puedan ir al rancho de la Radio.

Suma empezó a emitir el rayo de interferencia con la ayuda de dos polos gigantescos, orientándose, mediante el periscopio de alcance universal, para encontrar el avión. Pasaron algunos minutos antes de que consiguiera su propósito; finalmente, pudo enfocar al aeroplano en vuelo y comenzó a enviar sobre él los rayos de interferencia, que producían, al brotar de la máquina generadora, un latido semejante a un sordo golpear.

Sharp pilotaba el aeroplano de mala gana, procurando retrasar

el momento de la llegada al rancho. Los tres amigos estaban sobre ascuas. Frankie lanzó una ojeada al cronómetro del avión y advirtió que ya faltaba poco para las dos.

—Si es lo más aprisa que puede ir—rezongó el muchacho, crispando los puños—, no conseguiremos llegar al rancho a las dos.

Flash consultó el reloj y, clavando el cañón de la pistola en las costillas de Sharp, le indicó con seco acento:

—¡Acelere!

Sharp exhaló un gruñido de contrariedad y fingió aumentar la velocidad del aparato, diciendo:

—No puedo volar más de prisa.

Frankie, entretanto, había encontrado un micrófono en la cartera de las herramientas y lo empalmaba hábilmente con el aparato de radio, embutido en el tablero de los mecanismos. Sus manipulaciones molestaron e intrigaron a Sharp.

—¿Qué quieres hacer con eso?—preguntó el forajido.

—Espera y verás—le respondió el muchacho.

Una vez establecido el contacto con el aparato de radio, se puso a llamar al rancho. Un carraspeo y, después, su pronta voz saliendo del aparato de radio, le señaló que había triunfado en sus designios.

En el rancho, el programa estaba concluyendo. Los compañeros de Flash y el ingeniero de sonido volvían a sentir la preocupación casi cotidiana causada por la ausencia de Flash. El cuarteto acabó su canción y reinó un silencio sepulcral, roto por el empresario, que exclamó:

—El programa está a punto de terminar.

El ingeniero de sonido se mesó los cabellos desesperado y gimió:

—Si Flash no aparece en seguida, nos hundiremos.

Le interrumpió en sus lamentaciones el aviso de Frankie desde el aire. En un abrir y cerrar de ojos, el ingeniero cambió la longitud de onda y se puso al micrófono.

—Diga... Aquí el rancho... ¿Quién llama?

—Frankie llamando desde un aeroplano. Flash va a cantar. Conecte—le comunicó el muchacho.

—Ya está—dijo el ingeniero.

—Bien.

Frankie entregó el micrófono a Flash, que se había retirado a una distancia prudencial de Sharp, a quien vigilaba estrechamente sin soltar la pistola. La agradable voz de Flash sonó alegremente al saludar a los radioyentes:

—Sí, amigos... Flash Gordon hablando desde un avión que vuela por encima del rancho. Hoy les cantaré «El mundo visto desde la Luna».

Inmediatamente rompió a cantar, acompañado por los instrumentos de sus compañeros del rancho.

El rayo de interferencia alcanzó en aquel instante el motor del aeroplano, haciéndolo crepitar, toser y falsear su vuelo. El aparato dió un brinco y se precipitó alarmantemente contra la tierra, mientras Sharp luchaba por recuperar el dominio de los mandos.

—Algo ha pasado—gritó, viendo que no lo lograba—. El motor no funciona.

—¿Qué vas a hacer?—preguntó Frankie.

Sharp había soltado los mandos y se ponía apresuradamente un paracaídas. Al oír la pregunta de Frankie, lanzó una risotada.

—Ya sé lo que tengo que hacer. ¡Apártese!—ordenó a Flash.

Este se hizo a un lado, después de cortar la retransmisión, dejando paso a Sharp. Los hermanos Baxter protestaron de que los abandonase el piloto. El aeroplano describía grandes círculos en el aire, regresando hacia el Valle del Trueno. Sharp abrió la portezuela y se dispuso a saltar.

—No puede usted abandonarnos así—exclamó Flash.

—¿Un aterrizaje forzoso con una carga de dinamita? ¡Está usted loco!—protestó Sharp, y se arrojó al aire.

¡La dinamita! Ninguno se había acordado de ella. ¡La muerte iba a descargar su guadaña sobre ellos!

Flash se hizo cargo inmediatamente de la situación. Ocupó el asiento del piloto y empuñó los mandos, ordenando a Frankie:

—Tira fuera la dinamita. Yo procuraré dominar el avión.

Frankie entró en la cabina de los equipajes y, con la ayuda de

Betsy, arrojó al espacio una de las cajas de dinamita. Resonó una detonación espantosa y el avión cabeceó fuertemente. Cuando estalló la segunda caja del explosivo, las alas del avión rozaban peligrosamente la parte media de una pared rocosa.

Flash no podía dirigir el avión. Reconoció el terreno. Estaban cerca del túnel del uranio. Se volvió hacia sus amigos:

—Pasamos por el acantilado. ¡Saltad!

Frankie y Betsy se lanzaron fuera del aeroplano como un par de pelotas de goma. Diez segundos más tarde, antes de que Flash pudiera seguir el mismo camino que sus amigos, el avión tomó tierra violentamente en el fondo de una sima, destrozándose por completo.

CAPTURADOS

Cuando recobró la respiración, que el choque de la caída y la catástrofe del aeroplano le habían arrebatado por completo, Frankie ayudó a su hermana a ponerse en pie y gritó:

—¡Flash ha caído en la hondonada! ¡Vamos a ayudarlo!

Mientras se disponían a auxiliar a su amigo, cuyo accidente hacía temer lo peor, la reina, habiendo contemplado el desastre aéreo por ella ordenado, se volvió hacia su senescal, a quien dijo con gran satisfacción:

—Ese es el fin de Flash Gorden.

—Pero ¿y sus amigos?—le hizo notar el senescal—. Ellos saben dónde está la entrada de superficie de Murania. Nos descubrirán a los suyos.

—He dado instrucciones a mis Jinetes del Trueno. Y se culparán de ellos—le informó la reina, preparándose para salir de la sala de mando.

La Guardia real no tardó en cumplir lo anunciado por su soberana. Frankie y Betsy, a pesar de la resistencia que opusieron, fueron rodeados por los muranios, enviados a la persecución de Flash, y no tardaron en ser reducidos a la impotencia.

Cuando el trueno característico de los soldados de Murania se hubo extinguido en la distancia, Beetson y sus compinches

llegaron al lado de Sharp, que había terminado de quitarse el paracaídas.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Beetson.

—Era Gordon y aquellos críos—le contestó Sharp—. Los muranos se llevaron a Frankie y a Betsy a Murania.

Al oír estas palabras, de nuevo renació en la mente de los profesores la esperanza de haber eliminado a su terrible enemigo. Las ventajas que esto suponía eran por demás alentadoras, ya que, si Flash Gordon había perecido, el rancho de la Radio quedaría desierto y ellos podían continuar sin estorbos sus investigaciones sobre el imperio subterráneo.

—Hay que estar seguros de su muerte — declaró Beetson, echando a andar hacia la cima...

La consternación era grande en el rancho de la Radio. Todos se miraban estupefactos. ¿Qué habría ocurrido para que la emisión terminase de una manera tan brusca?

—Al despedirse Flash Gordon—dijo Stevens—, parecía que el avión no funcionaba bien.

Oscar y Pete desmontaron, internándose en el grupo compuesto por los vaqueros y los miembros del club.

—No hemos visto rastro de Flash—explicó Pete—. Y Frankie y Betsy han desaparecido.

—Han hablado por radio desde un avión. Tal vez se hayan estrellado—barruntó Stevens.

—¿Dieron su situación?—preguntó Pete.

—No; pero iban camino del rancho—contestó Stevens.

Dale, el lugarteniente de Frankie, no pudo dominar su impaciencia y, corriendo hacia los caballos, ordenó a los miembros del club:

—Hemos de encontrarlos... ¡Al socorro!

—¡Al socorro!—gritaron todos.

Y un segundo después galopaban hacia el Valle del Trueno, acompañados de Pete y Oscar, que también deseaban ayudar a sus tres amigos.

Los profesores habían llegado al montón de ruinas en que se había convertido el avión al chocar contra el suelo. Flash estaba

junto a los restos, desmadejado como cuerpo sin vida. Beetson se inclinó sobre él y le tomó el pulso; después se enderezó con una sonrisa feroz en los labios.

—Vive todavía—anunció a sus compinches.

—Lleva ropa de Murania—dijo Saunders, señalando el uniforme vestido por Flash—. Debe de haber estado en el reino subterráneo.

—¿Sabe lo que eso significa?—preguntó Cooper, tras lanzar un silbido de asombro—. Si vuelve en sí, podrá decirnos la entrada de Murania.

Y entonces ocurrió algo curioso. Aquellos hombres, que tan ardientemente anhelaban la muerte de Flash, sintieron de pronto un gran interés en que el vaquero continuase viviendo. Decidido a lograr esto último por cuantos medios estaban a su alcance, Beetson comunicó a sus secuaces:

—Lo llevaremos a las excavaciones.

Frankie, Betsy y los soldados muranios penetraron en el Valle del Trueno y se detuvieron ante la entrada del nivel de superficie. Asombrados, Frankie y Betsy vieron que la puerta disimulada se abría lentamente por el solo hecho de estar ante ella. Y éste fue el primero de los muchos milagros científicos que les habían de admirar, sobre todo a Frankie, cuya afición a todo lo técnico es ya conocida.

Quizá por esto no se asustó tanto como Betsy al encontrarse en el interior de la galería de superficie, cuyas tinieblas apenas disipaban las extrañas antorchas de los soldados. Los muchachos fueron obligados a bajar de los caballos, y esperaron su suerte.

El comandante de los jinetes llamó a un suboficial y a un soldado, diciendo al primero:

—Entregue los prisioneros a Su Majestad Real en el nivel treinta y tres y vuelva inmediatamente.

El suboficial se cuadró marcialmente e indicó a los prisioneros que lo siguieran. Antes de entrar en el ascensor, Frankie lanzó una mirada a la galería, tomando buena nota de su disposición, y, fijándose en la palidez de Betsy, pasó por sus hombros un brazo, consolándola:

—No tengas miedo. No permitiré que te hagan daño.

—No, no tengo miedo—mintió valerosamente Betsy.

Poco después sólo experimentaban una intensa curiosidad. El ascensor descendía raudamente. Frankie descubrió la manecilla indicadora de la altura y velocidad del vehículo y comentó en voz baja:

—Vamos a tres millas por minuto.

Después atrajeron su atención los cascos respiratorios de los soldados. Cuando éstos, al llegar a la altura conveniente, se los quitaron y aspiraron el aire con avidez, mostrando unos rostros iguales a los de los hombres de superficie, cosa que los muchachos no habían esperado, Frankie estudió con interés los aparatos, después de lo cual declaró con suficiencia:

—Es una especie de aparato de respiración. Se ve por la boquilla.

No volvió a hablar hasta que el ascensor se detuvo en la ciudad de Murania. Entonces alzó los ojos hacia el tubo de cristal por el que transitaba el vehículo, preguntándose cuál sería el medio por el que se encendían y apagaban los círculos luminosos que señalaban la situación del vehículo.

Un empujón le sacó de sus pensamientos. Un robot se lo había propinado, siguiendo, después de haber apartado a aquel obstáculo de su trayectoria, su camino con mecánica indiferencia. Frankie tragó saliva y miró a sus guardianes, que en aquel instante depositaban los cascos de respiración en una mesa contigua a la salida del ascensor, cambiándolos por unos capacetes de acero.

Estolteados por los dos muranios, salieron a las fantásticas calles de Murania, poniéndose la curiosidad del muchacho al rojo vivo. No le preocuparon las numerosas personas que transitaban por ellas, sumidas en hondos pensamientos, porque, al fin y al cabo, eran como ellos, con la única diferencia de que iban vestidos de forma muy rara, hasta el punto de que toda la ciudad semejaba un grandioso baile de disfraces.

En cambio, su ávida inteligencia asimiló rápidamente cuanto pudo del extraordinario espectáculo, ofrecido por los inverosímiles adelantos de Murania: la extraña estructura de las casas, los in-

intensos puentes, tendidos sin arcos sobre ríos de agua quieta; los parpadeantes focos, que súbitamente rasgaban las sombras, acumuladas en el lugar correspondiente al firmamento de la superficie, constituyendo haces, de pronto deshechos; los «robots» que deambulaban pesadamente, llevando tremendos trozos de mineral, cuyo peso hubiera aplastado a un camión; las armas que los soldados llevaban al cinto, y, finalmente, la atmósfera del Imperio subterráneo, húmeda, confinada y agobiadora.

Observando todas estas cosas, fueron conducidos a un edificio más grande y lujoso que los demás, en el que se ingresaba por una escalinata. A ambos lados de la puerta había sendos soldados de la Guardia, con una lanza empuñada. Al ver a los muchachos y a la escolta, uno de los centinelas gritó:

—¡Alerta!... ¡Paso a los prisioneros del reino!

Y Frankie y Betsy entraron en el palacio.

La reina y el senescal, acompañados de la corte, se dirigieron a la sala del trono, siendo anunciados por un penetrante sonido de gong. La reina sonreía, mientras hablaba con el senescal.

—Gente joven de superficie—decía— Puede ser interesante. Quizá podamos aprender algo de ellos que resulte beneficioso para nosotros.

—O al revés—contestó el senescal—. Las criaturas hablan a veces muy claramente.

La reina se sentó en el trono e hizo un ademán con la mano, indicando que concedía audiencia a los prisioneros de Murania. Frankie y Betsy fueron conducidos a la sala, y uno de los centinelas, que estaban en el umbral, exclamó:

—Prisioneros del reino... Para audiencia con Su Majestad.

Cruzaron la amplia sala y se detuvieron al pie de la escalinata, en cuya cima estaba el trono, junto a los ministros de Murania, que les estudiaban escrutadoramente. La reina levantó los brazos y todos los presentes, menos los prisioneros, se inclinaron. La soberana se disponía a hablar.

—¡Ah! ¿Conque vosotros sois los retoños de la gente de superficie?

En su voz había una nota de amabilidad. Frankie y Betsy cambiaron una mirada y contestaron casi al mismo tiempo:

—Yo soy una chica.

—Yo no soy un retoño.

—Decidme, ¿qué pensáis de Murania?

Los muchachos se encogieron de hombros y respondieron con franqueza:

—Mal ventilada—dijo Betsy.

—Me recuerda usted un personaje de un libro que leí—aseguró Frankie.

Betsy, inclinando repetidamente la cabeza en sentido afirmativo, para indicar que había comprendido el pensamiento de su hermano, se apresuró a contestar:

—Es la duquesa fea.

Al oír esto, la reina se puso en pie indignada, gritando más que preguntando:

—¡Ah!... ¿Creéis que soy fea?

Frankie examinó detenidamente el rostro de la soberana y respondió:

—No, no lo es. Referente a Murania, pues...

—Igual que «Alicia en el País de las Maravillas», donde cortan el cuello a los niños, y todos esos cuentos...—le interrumpió Betsy.

—Y, siguiendo ese ejemplo, ¿qué os parecería si ordenase que os cortasen el vuestro?—preguntó la reina con amenazadora suavidad.

Los hermanos Baxter subieron a medias la escalinata, desprendiéndose de las manos de los soldados. La pregunta no les había aterrorizado, como la reina suponía. Eran dos muchachos valientes y estaban acostumbrados a hacer frente a las situaciones más difíciles debido a su vida en el rancho. Por consiguiente, Frankie replicó sin vacilar:

—Diría: «Tenga cuidado con Gordon cuando lo sepa».

—¿Y qué podría hacernos?—se burló, aunque intrigada, la reina.

—Telefonar al Presidente—contestó Frankie—. En un abrir

y cerrar de ojos vendría un regimiento de artillería que haría volar este palacio.

—¡Silencio!—ordenó imperativamente la reina.

Pero Frankie no estaba dispuesto a morderse la lengua y prosiguió como si no la hubiese oído.

—Y vendrían unos aviones enormes.

—Y no quedaría ni el polvo de Murania—concluyó Betsy.

—¡Silencio!—chilló la reina.

Los soldados arrastraron a Frankie y a Betsy al pie de la escalera. Reinó un silencio sepulcral, mientras la reina pugnaba por dominar su cólera. Poco a poco, consiguió acallarla y reflexionó acerca de la suerte de aquellos rebeldes «rotoños» de los hombres de superficie.

Finalmente, habló casi con crueldad:

—Encárguense de ellos. En cuanto a Gordon, quizá os interese saber que está muerto—se levantó y dijo con acento majestuoso—: Por el presente edicto real condeno a los insolentes vástagos de los bárbaros hombres de superficie a cadena perpetua en la mazmorra interior... ¡Llévenselos!

Betsy y Frankie intentaron huir, pero fueron sujetados por las vigorosas manos de dos soldados, que habían relevado a los de la Guardia. Mientras la reina regresaba a sus aposentos, los hermanos Baxter fueron arrastrados fuera de la sala del trono y transportados al exterior.

Una vez en la calle, de camino hacia las mazmorras, Betsy susurró al oído de Frankie:

—¿Crees que Flash ha muerto de veras?

—Quería asustarnos. Estará bien.

Pero la verdad era que Frankie no estaba muy seguro de su afirmación. La reina no parecía meritir al anunciarles la noticia; al contrario, su voz tenía el acento de alegría de quien se sabe libre de su peor enemigo.

Subieron unas escaleras, cruzaron una terraza y llegaron a una galería, que se estrechaba en dirección de una puerta. Era el mismo lugar en que Flash había logrado burlar, no sólo a sus perseguidores, sino a los dos «robots» preparados para matar a

los que se evadiesen de las mazmorras. Y, como la vez anterior a Flash, uno de los soldados les detuvo y dijo, encaminándose hacia los «robots»:

—Esperen a que desconecte los rayos infrarrojos —y, después de haber apretado un botón de los muñecos, agregó—: Ahora pueden pasar. Si cruzasen este rayo de luz, el hombre mecánico les mataría.

Los hermanos Baxter miraron con aprensión a los «robots». Al estar delante de la puerta de la cárcel, uno de los soldados dijo a su compañero:

—Ábrela; no está cerrada con llave.

Aprovechando la circunstancia de que los soldados les daban la espalda, Frankie y Betsy, a un guiño del primero, empujaron a sus enemigos dentro de la cárcel y cerraron de golpe la puerta. Corrieron hasta los «robots», donde Frankie avisó a su hermana:

—¡Cuidado con ese rayo! ¡Es la muerte!

Se agacharon y pasaron bajo las espadas; pero el rayo infrarrojo rozó sus cuerpos y las espadas se descargaron, aunque en el vacío. Luego, los hermanos Baxter doblaron una esquina y se metieron en un hueco que formaba la barandilla de la escalinata.

Los soldados, recobrados de su asombro, emprendieron la búsqueda de los hermanos, después de parar a los «robots», y se alejaron de los prisioneros.

Frankie y Betsy respiraron con alivio y se volvieron a mirar a los hombres mecánicos.

—Pero ¿cómo funcionan esas cosas tan raras?—quiso saber Betsy.

—Pues tienen maquinarias dentro como un reloj y en la cabeza llevan radios —contestó Frankie—. Y hay alguien en una estación central, que gira discos y les dice todo lo que tienen que hacer.

—¡Oh!... ¿Y no saldremos nunca de Murania?—gimió Betsy.

—Si Flash pudo salir, nosotros también saldremos —replicó Frankie con decisión—. Vamos.

Y los valientes hermanos Baxter emprendieron la fantástica hazaña de escapar del maravilloso imperio subterráneo.

LOS «ROBOTS»

Beetson se acercó a la puerta de la cabaña, edificada cerca de las excavaciones, y preguntó desde el umbral:

—¿Dónde está Gordon?

Sharp señaló con el dedo pulgar, por encima del hombro, al desgraciado vaquero, que yacía exánime en un rudo catre, colocado en un rincón de la cabaña. Beetson observó que el pecho de Flash subía y bajaba con más regularidad, aspirando el aire con fuerza, y se inclinó sobre él, diciendo:

—Díganos dónde se encuentra la entrada a Murania.

—Aun está sin sentido—le advirtió Sharp.

Beetson se irguió y dijo a Sharp y a Jones:

—Ustedes vigílenlo. Nosotros vamos a explorar.

Beetson se alejó con Saunders y Cooper. Sharp dio un cigarrillo a Jones, lo encendió y exclamó, riéndose:

—¿Qué cara pondrá cuando se entere de que Frankie y Betsy fueron capturados por los muranios!

—Se lo diremos cuando vuelva en sí, si es que llega a volver.

Sin embargo, el placer que Jones se prometía no iba a verse realizado, porque Flash, durante toda la conversación, había permanecido alerta, pero fingiendo estar desmayado. Únicamente aguardaba una oportunidad favorable para embestir a sus enemigos y acudir en socorro de los hermanos Baxter.

Los miembros del club, con Oscar y Pete, tiraron de las bridas de sus caballos al escuchar una exclamación de Dale. El muchacho miraba en dirección de una hondonada.

—Fijaos—dijo.

Dos caballos comían tranquilamente las escasas hierbas que crecían en la hondonada. De pronto enderezaron las orejas y volvieron las cabezas hacia ellos.

—Aquellos caballos son los de Frankie y Betsy—afirmó Oscar.

—Debe de haberles ocurrido algo—afirmó Pete.

Oscar echó pie a tierra, conducta que remedó Pete, y entregó las bridas de su montura a uno de los muchachos; después, hablando en general, les ordenó:

—Ustedes quédense aquí y yo echaré un vistazo.

Pete y Oscar reptaron por el suelo, internándose en la hondonada en derechura de los caballos de sus amigos. Llamaron a los animales y los estudiaron. Todavía brillaba su piel a causa del sudor.

—Claro que son sus caballos. ¿Cómo estarán aquí? —quiso saber Oscar.

Pete percibió el chirrido de unas botas sobre la gruesa arena de la hondonada, que una especie de espelón les ocultaba parcialmente.

—¡Callate!—avisó a Oscar—. He oído a alguien.

Los dos vaqueros prosiguieron su difícil avance hasta divisar la choza de los profesores. Sigilosamente se acercaron a la construcción y mantuvieron el siguiente diálogo:

—Apuesto cualquier cosa a que esos sabios tienen a Frankie y a Betsy en su poder—murmuró Pete.

—Si es verdad, iremos a por ellos—gruñó su obeso camarada.

Oscar, después de decir esto, cogió un tronco bastante grueso de una pila de leña y siguió a Pete, que se arrastraba hacia la puerta de la cabaña, provisto de un garrote de tamaño similar al de su amigo. Cuando Pete tuvo la certeza de que había alguien en el interior de la construcción, hizo una señal a Oscar y preguntó en voz alta:

—¿Quién anda ahí?

Jones salió al exterior al oír la voz y el garrote de Pete descendió con una precisión matemática contra su nuca, con el resultado de que Jones cayó inerte al suelo. Oscar lo apartó de la entrada y regresó junto a Pete.

Sharp, alarmado por la tardanza de su compinche, corrió fuera de la cabaña y algo muy duro, manejado con vigor, le lanzó sin sentido contra la madre tierra. Oscar repitió su operación anterior y se reunió con Pete. Unas pisadas, procedentes del interior de la cabaña, se acercaron a la puerta de la misma. Oscar levantó el leño, se llenó el pecho de aire y...

—¡Cuidado! ¡Es Flash!—gritó Pete, conteniendo el brazo de Oscar.

Flash no dio ninguna explicación de su presencia en aquellos parajes, porque el tiempo urgía; lo único que dijo a sus salvadores, indicándoles que le acompañasen, fué:

—De prisa; tenemos que hacer.

Los tres vaqueros corrieron hacia la salida de la hondonada. La impaciencia consumía a Dale. Los minutos se le habían hecho siglos desde que Pete y Oscar se alejaran. Finalmente, comunicó a sus amigos el propósito de ir al encuentro de los dos cow-boys.

—Pero Oscar y Pete nos dijeron que nos quedáramos aquí—protestó uno de los jinetes.

—Quizá necesiten ayuda—replicó Dale.

—Allí está Flash—gritó alguien.

Los miembros del club fueron, muy excitados, al encuentro de los tres vaqueros. La ausencia de los hermanos Baxter les impresionó desagradablemente.

—¿Dónde están Frankie y Betsy?—preguntó Dale a Flash—¿No los has encontrado?

—Están prisioneros en Murania y hay que salvarlos—refirió Flash sobriamente, cogiendo el caballo de Frankie.

—¡Al socorro!—gritó Dale, echando tras Flash, que galopaba hacia el Valle del Trueno.

—¡Al socorro!—corearon los miembros del club como un solo hombre.

Flash y los suyos se esparcían por el Valle del Trueno, des-

plegados en guerrillas para no caer en una emboscada; cuando en la sala de mando de Murania ya estaban enterados de su presencia en las cercanías del nivel de superficie. Era Ganglion, el encargado del «control» de los aparatos, quien seguía sus evoluciones en la pantalla televisora.

La reina entró apresuradamente y se encaminó hacia Ganglion, que la invitaba a mirar con las siguientes palabras:

—Véalo Su Majestad misma. Están a punto de descubrir nuestra entrada a Murania.

Argo y el senescal se reunieron a los observadores con tiempo de escuchar la contestación de la reina.

—Es Flash Gordon quien conduce los jinetes de superficie a la entrada de Murania. Crci que habla muerto.

—Por lo visto, no, Majestad—replicó el senescal—. Ahora tiene usted la oportunidad de capturarlo.

La proposición hizo temblar a Argo, para qu'en la existencia de Flash, o la idea de que éste pudiera entrar en el subterráneo, era una constante amenaza. Por lo tanto, se apresuró a protestar:

—¿Ha perdido el juicio? —la vivacidad de su protesta les extrañó, y él añadió fingiendo indiferencia—: Sería exponernos a que la entrada de Murania fuese conocida por todo el mundo. Gordon será fácilmente capturado más tarde.

—Pero encontrará la puerta—insistió el senescal.

—¿Cómo?—preguntó Argo.

—El conoce el ojo eléctrico y localizará la puerta por medio del mismo.

Lo que decía el senescal era razonable, casi tan razonable como lo que Argo propuso a la soberana.

—Lo que hay que hacer, Majestad, es suprimir el ojo eléctrico. Y en lo sucesivo puede controlarse la puerta desde esta sala de mando.

—Por una vez, canciller, aceptaremos su consejo—contestó la reina, que dijo a Ganglion—: Conecta con la Guardia Real del Trueno.

Frankie y Betsy, a pesar de sus deseos y denodados esfuerzos, no habían conseguido alejarse de los alrededores del palacio por

llevar a los soldados casi pegados a los talones. Desde que se fugaron, en el momento en que iban a ser encerrados en la mazmorra, habían estado subiendo y bajando escaleras, corriendo por pasillos, entrando y saliendo por puertas y ventanas. Finalmente, tan a punto estaban los soldados de atraparlos, que tuvieron que esconderse en un recodo de la escalera. Precisamente, junto a éste se detuvieron los soldados a tomar aliento.

—¿Qué pasará si no volvemos a capturar a esos jóvenes de superficie?—preguntó el soldado llamado Mischa.

—¿Has oído hablar de la Cámara de la Muerte?—dijo el llamado Exus.

—¿Tú crees...?—gimió Mischa, polideciendo.

Exus inclinó la cabeza con aire fatalista y aseguró:

—Tan pronto como la reina sepa que se han escapado.

Mientras los soldados discutían las probabilidades que tenían de visitar la tétrica cámara, Ganglion procuraba conectar con el nivel de superficie, lo que no lograba con la presteza requerida por la reina por haber algunas interferencias.

—¿Bien? ¿Bien?—exclamó la reina con impaciencia.

—Inmediatamente, Majestad—se excusó Ganglion.

Tras algunas pruebas más, el timbre de la sala de mando resonó en la pantalla televisora del nivel de superficie. El comandante de la Guardia del Trueno se cuadró ante ella y dijo:

—Cuartel General de la Guardia del Trueno.

—Quite el ojo eléctrico y desconecte el mecanismo de la puerta exterior—mandó la reina—. Es urgente.

—En seguida.

Mientras unos soldados apartaban el «robot» que accionaba la palanca de la puerta y quitaban algunos enchufes, el comandante descolgó el ojo eléctrico, disimulando el boquete dejado con una mata de salvia.

Así, pues, cuando Flash llegó ante la puerta, lugar en que su memoria casi fotográfica le recordaba la situación del ojo eléctrico, se quedó aturdido al no encontrar a éste. La disposición de las rocas, las huellas dejadas por los cascos de los caballos, la arista de la descomunal peña que se erguía sobre sus cabezas,

eran tal y como los recordaba, pero no podía asegurarlo sin el dato que previsoriamente había hecho desaparecer la reina de los muranos. Se volvió hacia los jinetes que esperaban su decisión y declaró, perplejo:

—Estoy seguro de que es aquí, pero había un ojo eléctrico empotrado en el muro.

—¿Qué es un ojo eléctrico?—preguntó Dale.

—Cuando tu imagen se refleja en él, el ojo, por mediación de una célula fotoeléctrica, hace funcionar lo que se quiera. Y en este caso abre la entrada de Murania.

Habiendo conseguido detener a su más peligroso enemigo, la reina atendía a las palabras de Ganglion, que había ideado un medio de controlar la entrada del nivel de superficie. Ante los tableros de mando había colocado un «robot» de la clase que emitía rayos infrarrojos y explicaba a su soberana y a los ministros:

—Nadie podrá abrir la puerta exterior sin hacer funcionar este interruptor y está protegido por rayos infrarrojos desde este «robot».

—Peligraremos nosotros — exclamó la reina, dando un paso atrás.

—Pero el rayo destructor todavía no está conectado — dijo Ganglion.

El senescal había comprendido la idea del encargado de la sala de mando y aclaró a la soberana lo que éste se proponía con la siguiente explicación:

—Se propone guardar el mecanismo de la puerta superior por los rayos infrarrojos que, si son cruzados por alguien para operar el interruptor, harán venir desde arriba rayos destructores que matarán a todos los que estén en este cuarto.

—Así es — asintió Ganglion.

Exus y Mischa estaban todavía descansando al pie de la escalera, discutiendo cuál sería su suerte futura, si no apresaban a los hermanos Baxter. Por último, Exus lanzó un suspiro y dijo a Mischa:

—No los encontraremos, si estamos aquí quietos.

Se apartaron del recodo. Frankie y Betsy esperaron para salir.

a que estuvieran lejos los soldados; después subieron rápidamente por la escalera y treparon a una ventana, que podía servirles de refugio y de observatorio de las cercanías y del palacio. De pronto, una voz conocida les hizo mirar hacia el interior. ¡Estaban en una ventana de la sala de mando, desde donde podían escuchar la conversación de la reina con sus ministros!

—¿Estás seguro de que dará buen resultado?—preguntaba la reina a Ganglion.

—En absoluto. Nadie puede enfrentarse con esos rayos y vivir. Además, sonará la alarma en todos los distritos del Imperio.

—¿Y tienes la certeza de que sólo este interruptor abrirá la entrada de Murania?

—Completamente, Majestad.

—Entonces, ajusta tus aparatos y comprueba las señales de alarma.

Una vez los hubieron comprobado y hubieron apretado el botón del «robot», que disparaba los rayos infrarrojos abandonaron toda la estancia. Frankie y Betsy saltaron a la desierta sala de mando y avanzaron imprudentemente hacia el hombre mecánico.

—Hemos de llegar al interruptor y abrir la puerta para que Flash pueda salvarnos.

Por desgracia, no tomaron las precauciones suficientes y se vieron envueltos en una serie de chispas y rayos, que, al mismo tiempo que ponían en marcha los aparatos de alarma de la ciudad, les hacían caer al suelo, presas de terribles convulsiones.

La reina, Ganglion y los ministros contemplaron horrorizados aquel espectáculo. Frankie y Betsy yacían inertes antes de que Ganglion se aventurase en la sala de mando...

Cuando la reina ordenó el cierre de los rayos infrarrojos ya era tarde. Flash, Oscar y Pete se habían lanzado por la puerta abierta al nivel de superficie y volaban hacia el ascensor. Pero cerca de éste chocaron con una patrulla y se enzarzaron en una pelea, en la que los vaqueros llevaron la mejor parte, pudiendo escapar hacia el nivel de los talleres.

En el entretanto, los cuerpos de Frankie y Betsy habían sido recogidos por dos soldados, que recibieron las siguientes órdenes:

—Llévenlos a la cámara revivificadora de radio y de allí a la mazmorra más profunda.

En el nivel de los talleres, Flash y los dos vaqueros se vieron asaltados por todas partes. Sus puños daban certeros directos a las mandíbulas de los muranios y, por un instante, parecían lograr su objetivo de abrirse paso hacia el ascensor, pero no lo conseguían, porque las filas de los soldados se espesaban a cada momento.

Viendo que estaban en un aprieto, Oscar y Pete retrocedieron llamando a Flash. Pero éste, enardecido por la pelea, no les oyó y de esta manera se quedó solo, luchando como un tigre acorralado, hasta que, al cabo, cayó en poder de los muranios.

Parte de éstos persiguieron a Oscar y Pete a la fragua, donde trabajaban numerosos «robots», golpeando metales al rojo vivo con gruesos martillos. Los dos vaqueros rechazaron a sus adversarios a puñetazos y arrojándoles cuantos objetos estaban a su alcance, pudiendo echar el cerrojo a la puerta.

La presencia de los extraños hombres mecánicos, algunos de los cuales estaban desmontados o en reparación, dió una idea a Oscar, y, cuando momento después, la puerta cala derribada bajo un ariete, la fragua estaba únicamente ocupada por los herreros mecánicos.

Los muranios la registraron llenos de perplejidad. Era imposible que los vaqueros se hubieran esfumado. Recorrieron la hilera de «robots», sin otro resultado que, cada vez que los soldados daban la espalda a los herreros, uno o dos de ellos aparecían muertos en el suelo.

—Esto lo han hecho los hombres de superficie—gritó el comandante—. Tienen órdenes de no tener compasión. Mátenlos cuando los vean.

Y, mandando que llevaran a los muertos a la Cámara Revivificadora y a Flash a la presencia de la reina, el comandante abandonó el taller con sus hombres.

El fenómeno de las asombrosas muertes de los muranios quedó explicado al apartarse dos «robots» de la fila de herreros. Pete y Oscar se habían disfrazado con piezas de hombres mecánicos



—Hemos de encontrar-
los...

En aquel instante depo-
sitaban los cascos de res-
piración.



—Peligraremos nosotros también—exclamó la reina.



—Tenga cuidado con Gordon cuando lo sepa.



Se encajaron en una
pelea en la que los vaque-
ros llevaron la mejor parte.



—Dehe de haberles ocn-
rido algo—afirmó Pete.



En el nivel de los talleres
se vieron asaltados por to-
das partes.



Estaban en una ventana
de la sala de mando.



—Vamos a salvar a Frankie y a Betty.



Flash, Oscar y Pete se habían lanzado por la puerta abierta.



Toda aquella parte de la ciudad estaba llena de combatientes.



El acero en las manos de Flash hacía milagros.



Continuaba avanzando,
avanzando implacable-
mente.



La soldaba con un so-
plete.



Tumbaron de un golpe
a uno de los muranios.



Flash respiró hondo.

y habían derribado a sus enemigos a martillazos. A pesar de las protestas de Oscar, al que su gordura hacía poco grato el disfraz, decidieron bajar a la ciudad con el fin de salvar a Flash y a los hermanos Baxter.

Después de salir con grandes dificultades del ascensor, Oscar y Pete cruzaron las calles en dirección del palacio, adonde había llegado poco antes Flash. Para no llamar la atención, se incorporaron a un grupo de hombres mecánicos que transportaban unas vigas de hierro; pero no pudieron levantarlas, lo cual, habiendo sido observado por un muranio, fué motivo de que exclamase:

—Esos «robots» están muy gastados. Habrá que machacarlos para hierro.

Pete y Oscar oyeron este comentario y se apresuraron a alejarse de aquel peligroso lugar, donde nada podían hacer en favor de sus amigos.

EL PACTO CON MURANIA

La reina se irguió amenazadora al ver al indestructible Flash Gordon. Pero éste sostuvo su mirada con valentía, aunque dándose cuenta del odio que animaba a su augusta enemiga.

No obstante, la reina hizo desaparecer el cruel destello de sus ojos, porque, si bien le importaba mucho la muerte de Flash para tranquilidad de su imperio, estaba dispuesta a todo con el fin de descubrir al desconocido auxiliar del vaquero. Lenta y solemnemente dijo la soberana:

—Hace mucho tiempo que eres un peligro para Murania atrayendo público al rancho de la Radio con tus emisiones. Tu descubrimiento de la entrada de nuestro reino nos expone a una invasión del mundo superior. Por eso una vez te sentencié a muerte, pero te escapaste... —de pronto sonó iracunda su voz, exclamando—: ¿Quién fué el vil traidor que te ayudó a escapar de los muros de Murania?... ¡Dime en seguida su nombre!

Flash Gordon replicó sin vacilar, con arrogancia:

—No le diré nada.

—¿Ni para salvar tu vida?—preguntó amenazadora.

—Ni aun para salvar mi vida, si no ha de salvar también la de Frankie y Betsy.

—Para que estés tranquilo de su suerte, voy a demostrarte

que tus amigos están sanos y salvos —y ordenó a los soldados—: Traed a Frankie y a Betsy en el acto. Llevadle a la sala de mando.

Todos abandonaron la sala del trono, en pos de la reina. Todos menos Argo, cuyo rostro demostraba un pavor inmenso. Reflexionó durante un instante y salió por una puerta distinta de la cruzada por la reina y Flash. Quiso la casualidad que encontrara a Mischa y a Exus, que habían presenciado la operación de revivificar a los hermanos Baxter, tras lo cual los habían encerrado en una mazmorra.

—¡Mischa! —llamó el canciller, que agregó cuando tuvo a los soldados a su lado—: Si Gordon dice a la reina que yo le dejé escapar, me detendrán... Tal vez empiece todo antes de lo que esperamos.

Mischa se quedó boquiabierto y Exus preguntó, frunciendo el ceño:

—¿Quiere decir la revolución?

Argo comprendió que la idea de comenzar tan súbitamente la rebelión no era bien acogida. Pero el miedo que anidaba en su alma no le permitía otra cosa que escuchar la voz del egoísmo. Por consiguiente, respondió:

—Exactamente.

Indicó a Mischa y a Exus con un ademán que le siguieran y llegaron a la puerta de la sala de mando. Argo la entreabrió y pudo ver que la reina, Flash y la corte estaban en el interior; y dijo a Exus:

—Quédese aquí e infórmeme de todo lo que pase.

La reina despidió con un gesto a la corte y se quedó a solas con Flash y Ganglion. Condescendió a explicar a su prisionero lo ocurrido a los hermanos Baxter.

—Cuando Frankie y Betsy hicieron funcionar el interruptor de la puerta, dejó escapar un rayo que al conectar con los rayos infrarrojos de la frente de este «robot» soltó las fuerzas destructivas preparadas para el instante de que alguien los atravesase. Este cuadro controla todas las operaciones eléctricas y mecánicas de Murania.

La reina se interrumpió al oír un extraño ruido, debido a que

Oscar y Pete, aun embutidos en la coraza de los hombres mecánicos, habían atacado a Exus, que yacía sin sentido en el suelo.

La reina, al ver a los supuestos «robots» que se adelantaban hacia ella, con ademanes poco tranquilizadores, preguntó a Ganglion:

—¿Qué ha pasado?

Antes de que el encargado de la sala de mando pudiera contestar, Oscar se encargó de hacerlo, sonriendo irreconocible su voz en el interior del casco que le distraza:

—No se ponga nerviosa, señora. Nos estamos haciendo cargo de Murania.

El fin de su frase coincidió con un golpe propinado por Pete en la nuca de Ganglion, que se desplomó como un toro herido por la maza del carnicero.

—Yo tengo este pájaro también—anunció Pete con amabilidad— Cierra la puerta, Oscar, y todos seremos reyes.

Flash se recobró de su asombro y avanzó decidido hacia los «robots», exclamando:

—¿Quiénes son ustedes?

—Pues Oscar y Pete en tu socorro—replicó Pete—. Vamos a buscar a Frankie y a Betsy y a alargarnos de aquí. Ya me cansa este país de locos.

El milagro de que dos «robots» hablasen había enmudecido a la reina. Después, irritada por la rebeldía manifiesta de los hombres mecánicos y por el hecho de que estuviesen en convivencia con Flash, recuperó el uso de la palabra y gritó, imperativamente:

—¡Basta!... ¡Lo ordeno!

—¡Bah!... ¡Tú te callas!—ordenó Oscar.

Flash contó al obeso vaquero, que, no muy galantemente por cierto, se disponía a emplear la violencia, y dijo a la reina con un acento que más parecía un consejo que una coacción:

—Localice a Frankie y a Betsy en la pantalla de televisión.

—Ahora podrá demostrarte que tus amiguitos están buenos y sanos—accedió la soberana.

Y puesto que Ganglion continuaba todavía desmayado, se acercó al tablero de control y puso en marcha por sí misma el gran

aparato televisor central, sobre el que se inclinaron los tres amigos.

Los hermanos Baxter, después de haber sido vueltos a la vida, fueron, como se ha dicho, introducidos en una mazmorra. Paseándose impacientes por el interior del oscuro recinto, pisaron una trampa y cayeron rodando por un tobogán hasta llegar a un calabozo inferior.

Los observadores de la sala de mando contemplaron en la pantalla la aparición, en el calabozo, de Argo y algunos de sus partidarios, que se apoderaron de los muchachos. Después de esta operación, oyeron decir al canciller:

—Llévenlos a nuestro cuartel general y no los dejen escapar bajo pena de muerte.

—¿Y qué haremos con ellos?—quiso saber Erd, uno de los conjurados.

—Corre de mi cuenta—replicó Argo con sequedad.

La reina y los tres vaqueros habían asistido a esta escena con diferentes emociones. Flash se volvió hacia la soberana, que había perdido el color, y comentó recalcando mucho las sílabas:

—Me da la impresión de que no van a traer a mis amigos aquí.

La reina estaba consternada no sólo por la conducta de su canciller, sino por haberse fijado en las bandás blancas que llevaban los conspiradores, cuyo significado ignoraba en absoluto. Carraspeó y respondió con voz enronquecida por la ira:

—Argo deliberadamente desobedece mis órdenes. Yo le haré pagar por esto.

Flash se percató de que la reina había crispado los puños y de que no estaba representando una comedia, sino que la conducta del canciller la había pillado de sorpresa como a él mismo. Por tanto, estimó que era criminal e ilógico proseguir guardando silencio sobre la personalidad de su libertador de la Cámara de la Muerte, desde el momento en que peligraba la existencia de los hermanos Baxter, pues de sobra sabía que Argo era capaz de todo con tal de lograr sus fines.

—El fué quien me soltó de la Cámara de la Muerte—informó a la reina— para que los revolucionarios pudieran estudiar mi aparato respiratorio.

—¿Los revolucionarios?—balbució la reina.

—Sí. Hay un cuartel general debajo de la Cámara de la Muerte. Todos los que usted sentenció a muerte están allí vivos hasta que Argo les dé la orden de la rebelión.

Ganglion, que ya se había incorporado en la plenitud de sus facultades, recibió el encargo de buscar, por medio de la televisión, el cuartel general mencionado por Flash. Lo localizó en el momento en que entraban en él Argo y los sublevados con los hermanos Baxter.

—Esa es la entrada del cuartel general rebelde—dijo.

La reina apretó los labios y mandó a Ganglion:

—Vas a radiar una proclamación.

—¡Oh, no hará eso!—objetó rápidamente Flash.

La reina frunció el entrecejo, pero acordándose de su situación y, más aún, pensando en el partido que podría lograr de la ayuda de Flash, se rebajó hasta explicar:

—Debo hacerlo. Sólo así sofocaré la revolución.

Pero Flash sacudió la cabeza en sentido negativo. Era aquél un torneo de astucia en el que el premio ofrecido eran sus vidas. La reina podía tener la intención de matar dos pájaros de un tiro, sofocando la rebelión y capturando a Flash al mismo tiempo.

—Y así podrá decir a sus soldados que la tenemos presa en la sala de mando—supuso Flash con acento de sorna.

La reina empezaba a desesperar de conseguir el fracaso de la rebelión. Comprendía que Flash tenía razón en sus sospechas, aunque era verdad que no había pensado en realizar lo supuesto por el vaquero. Y se propuso obrar con nobleza.

—Dése cuenta de que es el único modo de salvar a Frankie y a Betsy—le contestó con acento persuasivo.

Flash estaba ante un dilema, de cuya resolución dependía tanto su vida como la de los hermanos Baxter. Hizo un esfuerzo mental, pero como el tiempo pasaba volando, y cada minuto desperdiciado podía acarrear la muerte a sus amigos, optó por poner las cartas sobre la mesa.

—Es que no sé si debo fiarme...—respondió vacilante.

El hermoso rostro de la reina se contrajo en una mueca altiva al afirmar:

—Mi sangre es real, mis gloriosos antepasados han sido poderosos reyes de Murania durante más de cien mil años. Puede fiar en mi palabra.

La franqueza de esta réplica sedujo a Flash.

—¿Y cuál es su palabra?—insistió.

—La de una reina—aseguró la soberana con majestuosa arrogancia—. La de llevarte a ti y a tus amigos salvos a la superficie, si tú me devuelves el mando sobre Murania.

Flash y la reina estuvieron un segundo mirándose de hito en hito. Por último, el vaquero alargó la mano a la reina, cuya diestra estrechó con fuerza, sellando el pacto. Después se volvió hacia Pete y Oscar y exclamó:

—Vamos a salvar a Frankie y a Betsy.

Los tres amigos se marcharon de la sala de mando tan velozmente como lo permitían las pesadas piezas de los «robots», de que ambos vaqueros estaban revestidos.

Una vez estuvo a solas con Ganglion, la reina le ordenó radiar una proclama, compuesta únicamente de las siguientes palabras, repetidas por los millares de altavoces de Murania:

—¡Muerte a Argo por orden de la Corona!... ¡Muerte a Argo por orden de la Corona!

Y la alarma cundió con la rapidez con que una chispa hace arder a un puñado de yescas.

LA REBELION

En el cuartel general rebelde, Argo daba las últimas instrucciones a sus partidarios, a quienes la precipitada decisión de su cabecilla había cogido de sorpresa. Frankie y Betsy eran mudos testigos de los preparativos de las escenas violentas que habían de suceder.

Una vez todos los conjurados estuvieron dotados de sus correspondientes armas, Argo les arengó:

—Ha llegado la hora. Diríjanse a sus puestos. Destronaremos a la reina y esta noche una nueva dinastía se asentará en el trono.

Todos aprobaron estas palabras y declararon que estaban listos a emprender la ansiada venganza. Los partidarios de Argo no eran muy numerosos, pero el canciller esperaba que el pueblo se pondría de su parte, atraído por la novedad del cambio.

Se disponían a salir, cuando apareció Exus, que dió el impulso decisivo a la revuelta al decir, jadeante:

—Flash Gordon lo ha contado todo a la reina. Acaban de radiar ahora una alarma general.

—¿Y qué pide la reina?

—La muerte de Argo por orden de la Corona.

Al oír estas amenazadoras palabras, Argo blandió sobre su cabeza la espada que empuñaba y gritó:

—¡Muerte a la reina!... ¡Marchemos sobre el palacio en seguida!

Y marchó corriendo del cuartel general rebelde, seguido de sus partidarios, cuyo vigor y entusiasmo iban a producir en Murania el efecto devastador de una tromba.

Flash, Pete y Oscar, después de cruzar innumerables pasillos, llegaron a la puerta de la Cámara de la Muerte; entraron en ésta y continuaron adelante por una puertecilla disimulada, deteniéndose ante la férrea hoja de otra. Flash la forzó y pasó al otro lado, donde un muranio montaba guardia. Para Flash fué un juego de niños librarse de él y penetrar en el calabozo en que estaban encerrados los hermanos Baxter.

—¡Flash!—exclamó Frankie, corriendo a abrazarle.

Después de las primeras y naturales efusiones de ambas partes, Flash contempló los pálidos y asustados rostros de los muchachos y preguntóles:

—¿Estáis bien?... Me teniais preocupado.

—Claro que estamos bien—le tranquilizó Frankie.

—Pero hemos tenido mucho miedo—confesó Betsy.

Flash les condujo hacia la puerta, diciéndoles:

—Hay que salir de aquí, porque, si ganan la revolución, no volveremos a ver el rancho.

Las noticias que llegaban a la sala de mando eran desconsoladoras. Las fuerzas rebeldes engrasaban a cada minuto con el refuerzo de los descontentos y de las gentes levantiscas. En las calles se luchaba con ferocidad y el número de los muertos y heridos era aterrador. El desconcierto y el miedo hacían estragos en la ciudad y nadie se preocupaba de recoger los cuerpos que alfombraban la vía pública.

La reina continuaba impartiendo órdenes desde la sala de mando, órdenes que eran obedecidas a medias, porque casi todos sus súbditos carecían de sangre fría para ponerlas en práctica. Súbitamente el senescal compareció despavorido ante ella:

—Los revolucionarios han irrumpido en la ciudadela y ahora marchan sobre el palacio.

La reina aceptó esta noticia con valor y anduvo apresurada-

mente al aparato de televisión que le servía para comunicarse con el nivel de superficie. El comandante de la Guardia del Trueno contestó al punto a la llamada:

—¡Alerta!

—¿Mi guardia es leal?—preguntó la soberana.

—Sí, Majestad.

—Me fio de ti, comandante. El palacio está siendo atacado. Agrupa tus fuerzas y ven en mi defensa.

Mientras la Guardia del Trueno se dirigía al nivel de la ciudad, Flash y sus amigos aparecían en la calle por una puerta lateral del palacio. Se inmovilizaron ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Toda aquella parte de la ciudad estaba llena de combatientes. Los revoltosos asediaban a los defensores del palacio, que peleaban con la espalda apoyada en el muro del edificio o trababan encarnizados encuentros personales en las escalinatas. El resto de los combatientes se embestía como las olas en una tempestad, teniendo como campo de lucha el lugar por donde había de pasar Flash, si quería salir de Murania.

—No podemos ir por aquí—exclamó Frankie, retrocediendo.

—Hay que ir—afirmó Flash—. No hay otro camino al ascensor. Vosotros dos delante.

—Claro, no nos molestarán—dijo Pete, comprendiendo su idea.

Oscar y Pete se colocaron a la cabeza de la comitiva, con unas hachas en la mano, protegiendo con sus cuerpos acorazados a Flash y a los hermanos Baxter. Los fingidos «robots» apartaban a los contendientes a empujones, fraguándose camino en medio de la lucha. El ascensor se hallaba a escasos metros de ellos, cuando Argo, que dirigía la batalla desde un lugar seguro, descubrió a los hombres de superficie.

—¡Es Gordon!—chilló—. ¡Captúrenlo!... ¡De prisa!

Una decena de partidarios suyos se precipitaron hacia Flash y sus amigos, y, como el grito del canciller había sido también percibido por los vaqueros, se produjo una desenfundada carrera que tenía como meta el ascensor.

Pete y Oscar no podían avanzar con la rapidez de sus amigos y estuvieron a punto de ser capturados, cosa que no ocurrió gracias a las armas que empuñaban. Manejando éstas diestramente, lograron introducirse en el ascensor, no sin antes dar unos hachazos a sus perseguidores más atrevidos.

Mientras el ascensor subía con Flash y sus compañeros hacia la superficie, un inmenso clamor de júbilo estalló en la entrada del palacio, distrayendo la atención de los que daban caza a los vaqueros.

—¡Ha caído el palacio! ¡El palacio es nuestro!

La reina continuaba dando órdenes en la sala de mando. De pronto, se asombró al notar el súbito silencio que rodeaba el palacio. Saltó hecha astillas la puerta de la sala, dando paso a Argo y a los jefes de los rebeldes. Cortó la soberana la comunicación del aparato televisior o hizo valerosamente frente al usurpador, mandándole:

—¡Alto! No te muevas. ¡Soy la reina!

—Eras la reina—corrigió Argo, sin obedecerla—. Ahora yo mando en Murania. Tu suerte está sujeta a mi capricho... —y añadió con ferocidad—: Te agradezco que hayas traído aquí el mando de la entrada de superficie. Así estoy seguro de que Gordón y sus amigos nunca escaparán.

Hizo girar el interruptor de la puerta de superficie, cortando la salida a sus enemigos; después, con amenazadora amabilidad, ordenó a la soberana que se acercase al gran aparato televisior central donde se podían ver las asoladas calles de Murania, recorridas por una muchedumbre, que voceaba:

—¡Viva el rey Argo!... ¡Muera la reina! ¡Muera la reina!

Flash y sus amigos habían llegado al ansiado nivel de superficie, lugar en que también dominaban los revoltosos, a los que se habían agregado bastantes soldados de la Guardia, como lo demostraban las blancas bandas que ceñían sus cuerpos.

Los hombres de superficie salieron sigilosamente del ascensor en dirección de la palanca que levantaba la puerta. A la mitad del camino a ella, una tromba de muranios se lanzó sobre ellos, aullando:

—¡Los hombres de superficie!

—¡Captúrenlos! ¡Tratan de escapar!

Flash y sus compañeros hicieron frente a aquel alud humano y pudieron contenerlo con certeros puñetazos, mientras retrocedían hacia la escalera que llevaba al nivel de los talleres. Después, cambiando de propósito, corrieron hacia el ascensor, consiguiendo entrar en él.

—Van al nivel inferior—exclamó uno de los muranios.

—Por la escalera... ¡Vamos!—gritó su jefe.

La situación era crítica para Flash y sus amigos. Las voces de los muranios sonaban cerca del nivel de los talleres. Los primeros que aparecieron en él recibieron unos soberbios directos capaces de demoler una pared y sus camaradas se mostraron más prudentes. Flash aprovechó su vacilación y, empujando una espada, guió a sus amigos al taller de soldaduras, de donde partía una escalera que conducía al nivel de superficie. Los muranios ya invadían el taller, cuando Flash dijo a Pete, señalando la escalera:

—Pasad por ahí. Ellos me seguirán.

En efecto, así ocurrió. Mientras los hermanos Baxter y los vaqueros volaban escaleras arriba e iban a esconderse a la forja, Flash acometió a los muranios con la espada, conteniendo su avance.

El acero en las manos de Flash hacía milagros; hería, desarmaba, mataba, como si cada movimiento suyo fuera fulminante. Pero era imposible que su resistencia se prolongase; pues los muranios le atacaban por todas partes en cantidad creciente. Flash anduvo de espaldas hacia la escalera, pensando que su fin estaba próximo, cuando un grito de pavor retumbó en el taller:

—¡La Guardia Real del Trueno!

Los rebeldes, al escuchar este nombre temido, se desbandaron en todos los sentidos, olvidándose de Flash. Mientras los guardias que permanecían fieles a la reina acosaban a sus enemigos fuera del taller, Flash subió velozmente las escaleras y llegó a una pasarela, donde resbaló, cayendo sobre una cinta continua.

Esta cinta continua transportaba piezas de armas a un «robot» que las soldaba con un soplete de soldadura autógena. El choque

de la caída había dejado sin sentido a Flash. La cinta seguía avanzando hacia el soplete que con tanta precisión manejaba el hombre mecánico. Flash seguía progresando hacia él, al encuentro de una muerte horrible, pues la llama le abrasaría la cabeza. Continuaba avanzando, avanzando implacablemente...

De pronto, los hermanos Baxter entraron en el taller y descubrieron el cuerpo que caminaba hacia su propia destrucción.

—¡Es Flash!—chilló Betsy.

De un brinco se pusieron a su lado y le arrastraron lejos de la cinta continua, en el momento en que el «robot» tocaba con el soplete el lugar ocupado por la cabeza del valiente vaquero.

—¿Está muerto?—preguntó asustado Frankie.

—No, sólo está sin sentido.

Gracias a los cuidados de los hermanos Baxter, Flash no tardó en recobrar el conocimiento. Se sentó en el suelo y se pasó la mano por la cara, luchando contra el aturdimiento. Luego, se levantó y dijo a sus amigos:

—Vamos. Hay que subir al nivel superior.

Los cinco seres de superficie llegaron al nivel de entrada, que estaba desierto, al parecer. Mientras Pete y Oscar se quitaban su engorroso disfraz, Flash llegó a la palanca de la puerta, en cuyo extremo había un interruptor.

—Si la reina tiene todavía el mando, podremos salir de aquí —les anunció—. Voy a probar con este interruptor.

Apenas lo hubo hecho girar, cuando una formidable descarga eléctrica le lanzó contra la pared. Afortunadamente, la descarga fué de poca intensidad y duración, y Flash no pereció.

—La reina no ha cumplido su promesa y no nos dejará salir —protestó Frankie.

—Intenta matarnos—aseguró furiosa Betsy.

—Vamos a encontrar otra salida—propuso Flash.

Iban a poner en práctica sus palabras, pero los detuvo e hizo esconder un rumor de pasos en la misma galería. Era un grupo de soldados revolucionarios que hacían la ronda. Sonó el aviso telefónico, lo pusieron en contacto y apareció la imagen de Argo, que proclamó:

—Atención a las órdenes de la regencia. La reina está en nuestro poder. Empieza una nueva dinastía. Orden de la regencia número 1: Deben capturar y destruir a Flash Gordon y a sus compañeros de superficie, que se hallan en el reino. Orden núm. 2: La Guardia debe equiparse con nuevos fusiles de rayo desintegrador, de los cuales se les enviará uno para su demostración.

Todavía vibraban las palabras de Argo en el nivel de superficie, cuando del ascensor salieron los enviados del usurpador, uno de ellos encargado de explicar el funcionamiento del fusil desintegrador, extraño aparato semejante a una caja pequeña provista de un saliente.

—Aunque su poder es menor que el de la máquina gigantesca emplazado en el cuartel general revolucionario —explicó el delegado—, pueden tener plena confianza en ella, pues es capaz de destruir todo lo que se le ponga por delante. Por ejemplo, fíjense en esa masa de piedra sólida.

Del cañón del fusil brotó una luz rojiza que, proyectada sobre la piedra aludida, no tardó más de cuatro segundos en convertirla en una materia semejante a la goma líquida.

Flash, comprendiendo la ocasión que tenía, se lanzó sobre el delegado de la regencia y le disparó un puñetazo que quitó el sentido a su enemigo. Después cogió sin pérdida de tiempo el fusil y lo asestó contra los amenazadores muranios, advirtiéndoles:

—¡Atrás! ¡Quietos todos o les haré fundir como cera!

Pete y Oscar se encargaron de desarmar a los muranios y, con la ayuda de Frankie, los ataron con fuerza, empujándolos después hacia una concavidad, desde donde el muchacho los podía contener con el fusil que Flash le entregó. *

Este, seguro ya de que Frankie y Betsy podían considerarse a salvo y, asimismo, de que sus prisioneros no se escaparían, abandonó a los muchachos y ordenó a Oscar y a Pete que rompieran el aparato televisor, cosa que los vaqueros hicieron de mil amores.

Luego, Flash condujo a los vaqueros al ascensor y, en tanto que volvían a descender a Murania, les explicó que la reina era la única persona que podía sacarles del imperio subterráneo, por-

que mandando los rebeldes, la puerta de superficie jamás sería abierta.

La clasificación de los muertos y heridos, que llenaban las calles de Murania, había empezado. Los cuerpos de los heridos y de los muertos eran depositados en unas angarillas y cubiertos con una manta en la que se prendía un rótulo de «heridos» o «muerto». En el primero de los casos el cuerpo era llevado a la Cámara Revivificadora; en el segundo, a los fosos de cal.

Flash comprendió el partido que podía sacar de ello, para lograr llegar al palacio, y, al salir del ascensor, ocupó una camilla que llevaba el rótulo de «heridos». Pete y Oscar siguieron su ejemplo, aunque el segundo hubo de cambiar de camilla por haber ocupado la de un muranio muerto.

Flash tuvo la suerte de poder escabullirse en las cercanías del palacio, pero los dos vaqueros fueron introducidos en la Cámara Revivificadora, donde le fue aplicada a Oscar una corriente de radio, con efectos tan espantosos, que el supuesto herido puso los pies en polvorosa, lanzando aullidos, acompañado del aterrorizado Pete, mientras los médicos se preguntaban qué había acontecido.

El comandante de la Guardia del Trueno y el fiel senescal fueron apresados y condenados a muerte por Argo, quien, incapaz de no empañar su triunfo con la crueldad, hizo llevar a la reina a la sala de mando y le dijo con siniestra sonrisa:

—Majestad, verás a tus partidarios leales disfrutar de la misma suerte a la que tú condenaste a tantos otros —y mandó a Ganglion—: Prepara doscientos mil voltios.

Ganglion cerró algunas palancas, cambió de posición unas ruedas y consultó un marcador.

—El prisionero está en la Cámara de la Muerte—dijo a renglón seguido— Todo está preparado.

—¡Adelante!—gritó Argo, bajando una mano—. ¡Ejecuta!

Ganglion tocó un interruptor y por la sala de mando se esparció un ligero olor de ozono. Argo, frotándose las manos, miró a la reina, que estaba pálida pero tranquila.

—Se ha consumado la sentencia en tu consorte real—rióse el

usurpador—. Y en honor de tu buen amigo el senescal, presenciaremos su fin desde la pantalla de televisión. Mira —y al no ser obedecido por la reina, le explicó los horribles detalles de la ejecución—: ¿Ves?... El senescal entra ahora en la Cámara de la Muerte. ¿Por qué no miras?... Es la última vez que podrás ver a tu fiel senescal... ¡Ejecuta!... Mira y verás cómo llevan los restos mortales del senescal a la Caverna de los Ajusticiados. Creo que te alegrará todo esto.

La reina se irguió y le contestó:

—Una reina no tiene miedo a la muerte.

—¿Ni una muerte lenta?—preguntó Argo, burlonamente—. ¿Una muerte horrible causada por una máquina que puede desintegrar el átomo?

—No, no temo a nada. Llévame de una vez.

Dichas estas palabras, la soberana se puso a disposición de sus verdugos, que, prodigando muestras de irónico respeto, la condujeron fuera de la sala de mando hacia el cuartel general de los rebeldes.

Los anteriores sucesos, ocurridos en la sala de mando, habían sido presenciados por Flash desde la ventana. A los pies de la misma vigilaban Oscar y Pete, que habían conseguido escabullirse sin ningún percance del interior del palacio.

Flash saltó desde el alféizar de la ventana a la escalera y dijo a los vaqueros:

—Los rebeldes van a matar ahora a la reina y vamos a salvarla.

—¿Qué podemos hacer?—exclamó Pete.

—Iré al cuartel general rebelde por el pasaje de la Cámara de la Muerte. Vosotros abridme la trampa del suelo.

—¿Cómo?—preguntaron sus dos compañeros al unísono.

—Pasad por la ventana a la sala de mando y contad doscientos. Durante ese tiempo ya estaré allí. Cerrad el interruptor que abre la puerta secreta. Vamos.

La pregunta que iba a formular Pete murió en sus labios antes de ser pronunciada. Flash se había callado y escondido al oír un

ruido de pasos. Pete y Oscar, en vista de que no podían hacer otra cosa, esperaron a ver lo que ocurría con los puños cerrados.

Varios soldados rebeldes se presentaron al pie de la escalera. Al advertir a los codiciados hombres de superficie, embistieron contra ellos, derribando a Oscar al suelo. Pete protegió a su caído amigo y movió los puños con envidiable agilidad y precisión, que arrancaron furiosos aullidos de dolor a sus enemigos. De un gancho formidable lanzó a uno de sus contrincantes fuera de su alcance, inutilizándole para cualquier otro ataque.

Flash acudió en socorro de sus amigos saltando desde una altura inverosímil. Mediante su inesperada aparición, fué cosa de un instante despachar a sus enemigos con unos buenos directos y el campo quedó para los hombres de superficie.

Pete se pasó la mano por la boca e inquirió, como si no hubiese pasado nada:

—Pero ¿qué interruptor es ése?

—El que tiene tres hojas en el centro del cuadro de mando.

—Pero, oye...

Flash ya no le escuchaba, pues había desaparecido escaleras arriba. No les quedó otro remedio que trepar al alféizar de la ventana. Oscar contaba los segundos con la regularidad de un cronómetro.

La sala de mando no estaba vacía. Ganglion proseguía al servicio de los aparatos, luciendo una banda del partido rebelde.

—A ese tío hay que mandarlo a paseo —susurró Pete a su amigo.

Este, sin perder la cuenta, comenzó a mugir como una vaca en un prado. Ganglion, atraído por aquel sonido poco corriente, registró intrigado toda la sala, yendo hacia la ventana.

Allí terminó su investigación, para lo cual bastó que Oscar se dejara caer sobre él, aplastándolo contra el suelo. Eran dueños de la sala de mando.

FLASH GORDON TRIUNFA

La reina, en medio de la expectación general, fué encadenada en el cuartel de los rebeldes con unas argollas empotradas en la pared, sin que por ello perdiera su ademán de altiva indiferencia.

Rob, el inventor de la máquina desintegradora, que se alzaba como un monstruo de hierro y de cristal en el centro de la estancia, hizo una burlona reverencia y dijo a la prisionera con un brillo satánico en los ojos:

—Tenéis el honor de ser la primera en probar el poder destructor de mi rayo desintegrador del átomo. Si le diera todo el volumen, esta máquina sería capaz de destruir toda la civilización. Por ejemplo, el desintegrador es capaz de reducir esto a gas transparente en un abrir y cerrar de ojos.

Puso un grueso bloque de metal en una especie de plataforma, que la lente de la máquina tenía a poca distancia, y movió una palanca. Rasgó el sepulcral silencio un zumbido penetrante que, poco a poco, se hizo insoportable para los presentes. Pero éstos estaban tan fascinados por lo que contemplaban, que apenas se daban cuenta de él.

La luz rojiza que surgió del objetivo de la máquina percutió contra el bloque de metal; éste empezó a humear, a esponjarse,

y pronto se volatilizó sin dejar rastro. Rab, endrágullecido de su invento, prosiguió diciendo:

—Así podréis comprender fácilmente lo que os espera. Pondré en marcha la máquina despaño. Si el rayo os fuera dirigido, sufriríais mucho, pero toda sensación desaparecería en el momento en que diera la vuelta a la rueda, porque quedaríais paralizada y hasta los mismos átomos de vuestro cuerpo serían disgregados.

—Sería para mí un gran placer—contestó la reina con arrojo—que te aplicaran a ti mismo el procedimiento.

—Pero no será así. Jamás he oído gritar a una reina.

Y Rab, con una perversa sonrisa, comenzó a preparar el aparato, asestándolo contra el rostro de su antigua soberana.

Oscar y Pete, después de haberse liberado del molesto Ganglion, corrieron hacia el tablero de los interruptores, junto al cual Oscar concluyó de contar hasta doscientos. Luego, muy preocupado, se rascó el cogote, exclamando:

—¡Hemos de abrir la puerta secreta para que entre Flash en el cuartel rebelde!

En efecto, Flash ya se paseaba impaciente por este lugar, junto a la trampa por la que había de acudir a salvar a la reina.

Pero Pete, desconcertado al observar la gran cantidad de artefactos que tenía delante, le contestó:

—He olvidado qué interruptor—dijo.

—Tal vez sea éste—propuso Oscar indicando uno.

—¿Cómo vas a cerrar un interruptor que ya está cerrado?—le riñó Pete— Me parece que te has equivocado.

—Este no puede ser—dijo Oscar tocando otro— ¿No dijo que tenía dos hojas?

—Hay que buscar el interruptor que abra la trampa secreta. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Pues probar todos—decidió Oscar.

—Vamos a conectar todos los que hay en esta sala y así daremos con el que dijo.

La proposición le pareció de perlas a Oscar y ambos vaqueros trabajaron como unos locos, dando la vuelta a interruptores, conectando manivelas y enchufando palancas.

El resultado de esta operación fué pavoroso. Si anteriormente la inexperiencia de los vaqueros había apagado los faros y, hecho subir y bajar, como si sufriera un ataque de demencia, al ascensor, su última faena disparó todas las sirenas de Murania, apagó y encendió las luces de la calle, detuvo a los «robots», levantó puentes y paró fábricas...

Y, como no podía menos de ocurrir, se abrió la trampa junto a la que esperaba Flash, que se lanzó de cabeza al tobogán, mientras Oscar y Pete se apresuraban a ir en su ayuda.

La alarma producida por la torpeza de los dos amigos hizo salir a Argo de su cuartel general con la mayoría de sus partidarios para investigar qué ocurría. En la sala sólo quedaron cinco personas: cuatro facciosos y la reina. Y Rab estaba distraído poniendo en movimiento su máquina desintegradora.

Por consiguiente, Flash no vaciló en aprovechar aquella ocasión propicia y se adentró en el cuartel general con la agilidad y el valor de un tigre. Su primer puñetazo envió rodando un muranio a un rincón; después presentó cara a los dos que le acometían. Su puño izquierdo hizo una finta contra el rostro del que tenía más cerca y, al agachar éste la cabeza, le cazó de un garcho en la punta de la barbilla.

Sólo le quedaban dos contrincantes. Uno de ellos avanzaba en su dirección con grandes precauciones; Rab, entretanto, había logrado poner en marcha su máquina con una mueca de infernal alegría. Flash golpeó el estómago del prudente muranio y luego se arrojó sobre Rab.

—¡Cuidado!—gritó la reina.

El rayo desintegrador no había rozado la cara de Flash por un milímetro. Los dos hombres lucharon por la posesión de la rueda de la máquina. Flash logró desprender las manos de Rab de ella y le alejó de un golpe corto. Pero el sabio muranio era muy vigoroso y apenas acusó el golpe.

De un cabezazo se deshizo de Flash. La máquina pasó su luz por toda la habitación, captando el rostro de la reina, que exhaló un gemido de dolor, aunque la luz sólo la alcanzó un instante. Rab, furioso, se precipitó sobre Flash, quien, al recibir el

embate del macizo cuerpo del sabio, chocó de cabeza contra la pared, quedando aturdimiento en el suelo.

Rab se arrojó sobre la manivela de la máquina y apuntó a la cabeza de Flash, que se retorció en el suelo. En aquel instante, Oscar y Pete entraron en el cuartel, tumbaron de un golpe a uno de los muranios, que ya se había repuesto de los puñetazos de Flash, y se lanzaron contra Rab, alejando la luz de Flash.

Oscar lanzó un grito frotando su voluminoso vientre, en el que había hecho blanco un directo de Rab; pero Pete se deshizo del sabio con facilidad, pues ya estaba fatigado por la pelea anterior.

Los vaqueros saltaron a la reina e incorporaron a su amigo, al que miraron con la natural ansiedad del caso. Flash respiró hondo y se puso en pie con dificultad.

—Ven, Flash; salgamos de esta casa de locos—le suplicó Pete.

—Hemos de llevar a Su Majestad a la sala de mando—le contestó Flash.

En seguida se encaminaron a la puerta que conducía a la Cámara de la Muerte. Pero antes de que llegasen a ella, Argo apareció por la opuesta con un numeroso séquito.

—¡Ah!—tronó el usurpador—. ¿Están ahí? Matarlos como perros.

Los muranios se dispusieron a hacer lo indicado por el regente. Pero Flash fué más rápido que ellos y, asiendo el volante de la máquina desintegradora, dirigió el rayo hacia los pies de los muranios, gritando al mismo tiempo:

—¡Que nadie se mueva!

Algunos de los rebeldes, ignorando el peligro que latía en aquella luz roja, avanzaron algunos pasos más, y fué necesario que Argo se adelantase, cerrándoles el camino con los brazos abiertos.

—¡Cuidado!—avisó el usurpador—. ¡Ese rayo desintegrador significa la muerte!

Logrado el fin que se proponía, Flash acorraló a sus enemigos en un rincón y dijo a los más obstinados en cerrarles la salida.

—Fuera de esa puerta.

Mientras sus compañeros salían, Flash apuntó la máquina de

manera que Argo y los suyos tuvieran que dar un rodeo antes de alcanzar la entrada al cuartel general. Luego, procediendo con rapidez, abandonó también la estancia y echó el cerrojo por la parte exterior.

—Nos han encerrado—dijo el capitán Ord golpeando rabioso la durísima chapa de acero que les separaba de sus enemigos.

—¡Echad abajo la puerta!—rugió Argo desesperado—. La reina se ha escapado y se dirige a la sala de mando.

Estas palabras iban destinadas a Rab, que recobraba en aquel instante el conocimiento. Al oírlas, el sabio muranio se incorporó de un salto, repitiendo confuso:

—¿Escapado?

—Sí—afirmó Argo rojo de ira—. Y si llega allí, volverá a apoderarse del mando del imperio.

Los tres vaqueros y la soberana del reino subterráneo entraron en un pasillo que desembocaba en la sala de mando. Pero se detuvieron al ver dos soldados armados hasta los dientes, que se paseaban por aquel lugar.

—Voy a atacarles—murmuró Flash.

—No; están muy armados—le advirtió la reina.

Pero nada hubiera contenido a Flash en su empeño de borrar aquel obstáculo de sus planes. Como un toro furioso, asistido por Pete y Oscar, embistió a los soldados, que poco después descansaban en el suelo extrañamente inertes.

—De prisa—instó Flash a la reina—. Hay que llegar a la sala de mando.

En tanto que estos sucesos acontecían, Rab ya gozaba de la plenitud de sus facultades y empuñaba el volante de su terrible máquina, ordenando a sus compinches:

—Apértense de esa puerta.

—¿Qué intentas hacer?—preguntó Argo al ver que movía la máquina en su dirección.

—Fundirla con el rayo desintegrador.

—Dale todo el volumen—aconsejó el impaciente usurpador.

—No. No me atrevo—contestó Rab—. Es fácil perder el dominio.

Aumentó la intensidad del rayo y lo enfocó hacia la durísima chapa de metal que recubría la puerta. El zumbido de la máquina se hizo ensordecedor. Todos aguardaban temerosos el resultado de aquel estruendo. Pero la desintegración adelantaba muy lentamente y la impotencia consumía a Argo.

—¡Oh!—exclamó—. ¡Acelera la máquina! Vamos muy despacio.

Pero el prudente Rab no le hizo caso.

Ganglion todavía estaba en el suelo de la sala de mando cuando comparecieron en ella los tres amigos y la reina. Esta, sin fijarse en la banda de rebeldía que llevaba Ganglion, que se dio prisa en quitársela, le sacudió por un hombro, mandándole:

—Televisión con el cuartel general rebelde. He de vigilarles hasta que pueda organizar mis fuerzas.

Ganglion obedeció sin chistar y el gran aparato de televisión les mostró el cuartel general de los rebeldes. El rayo empezaba a surtir efectos, puesto que la chapa de metal despedía una ligera humareda. Pero esto no satisfacía al furioso Argo, que reiteraba:

—Date prisa. Vamos muy despacio. Si no capturamos pronto a la reina, habremos perdido la revolución.

—Temo perder el dominio—repitió Rab.

—¡Bah!

Y Argo apartó de un manotazo al sabio, dando todo el volumen a la máquina, despreciando los consejos de Rab, que gemía:

—¡Cuidado! ¡No le dé más!... ¡Es peligroso!... ¡Puede destruir todo el imperio! ¡Cuidado!

Pero Argo, presa de la locura, continuaba dando más y más volumen a la máquina, hasta que la intensidad de la fuerza hizo que el artefacto se escapase de sus manos como un caballo encabritado.

Todos lanzaron un grito de espanto y pretendieron refugiarse en el lado opuesto. Pero la máquina, movida por la mano diabólica de su propia fuerza, les perseguía a todos los rincones, bien apuntando al techo, bien lamiendo las paredes o barriendo el suelo con su implacable rayo. Los hombres se atropellaban en su deseo de esquivar la muerte; algunos rodaban chamuscados, otros caían

lentamente, como fundidos. Sólo se oía el zumbir de la máquina, apagando sus alaridos de terror e incluso la estridente voz de Argo, que suplicó clemencia hasta el momento de su muerte.

Pero acabó aquí la tragedia. La máquina completó la destrucción convirtiendo en gas y humo las paredes del cuartel general, atacando el techo, penetrando en el calabozo, luego la Cámara de la Muerte con su luz rojiza y aniquiladora.

No tardó en comprender la reina el significado de aquello y se encaró con Flash, diciéndole.

—Irás consumiendo todo el imperio.

—¿No hay manera de pararle?—quiso saber Flash.

—No. Márchate en seguida. Yo vigilaré por la televisión, y cuando hayas llegado al nivel de la superficie, haré funcionar los mandos que abren la entrada secreta.

—Tiene que venir conmigo—suplicó Flash.

La reina sacudió negativamente la cabeza y exclamó con orgullo:

—¿Al mundo loco de arriba?... Sería una vida horrible, un sufrimiento más grande que el que me aguarda aquí. Tengo que morir con mi pueblo.

—No puedo dejarla aquí—protestó Flash.

—Debes dejarme. ¡Te lo ordeno!—gritó la reina imperiosamente—. Por mi parte, me alegro de que Mutania sea destruida. Lo prefiero a una invasión del mundo de superficie... No hay tiempo que perder; vete en seguida. De lo contrario, Frankie y Betty, que te esperan arriba, serán destruidos.

La voluntad de la reina era inquebrantable y Flash tuvo que inclinarse ante ella. Estrechando afectuosamente la mano de la valerosa soberana y, tras lanzarle una postrera mirada desde la puerta de la sala de mando, se lanzó a la calle seguido de Pete y Oscar.

Una extraña niebla cubría la ciudad subterránea. Sus habitantes corrían aterrorizados en todas las direcciones, huyendo de sus casas, a las que la máquina desintegradora fundía. La desolación y el miedo se habían adueñado del imperio subterráneo, antes tan orgulloso de superioridad.

Segundos más tarde, los tres vaqueros entraban en el ascensor, que les llevó con gran dificultad al nivel de superficie. El aspecto de la galería de entrada era desolador. Estaba llena de humo y las paredes se desmoronaban como si fueran de barro; los caballos relinchaban espantados; del techo se desprendían grandes bloques de piedra y todos los objetos de metal se derretían.

No había rastro de los hermanos Baxter ni de los muranios que habían dejado a su custodia.

—¡Se han ido!—exclamó Flash.

—¡Frankie! ¡Betsy!—vocearon Oscar y Pete internándose hacia el fondo de la galería.

Los muchachos estaban en un recodo, abrazados, protegiéndose mutuamente de las piedras que caían. El suelo, ablandado por el rayo desintegrador, comenzaba a tornarse en un barro negrozco cuando los vaqueros los encontraron. Flash les apremió:

—Preparad los caballos. ¡De prisa! Todo Murania se está fundiendo.

Fueron en busca de los corceles y ocuparon las sillas de montar. La reina había contemplado todos sus pasos desde la sala de mando y dió vuelta al interruptor que alzaba la puerta secreta. Los amigos iban a lanzarse al galope por ella; pero Flash, acordándose del resto de los animales, que llenaban la cuadra, les contuvo, diciendo:

—Esperad. No podemos dejar morir a esos otros caballos.

Les quitaron, por consiguiente, las trabas y los espantaron hacia el Valle del Trueno. Pocos segundos más tarde, la puerta secreta de Murania se cerraba para siempre.

La reina prosiguió observando a sus auxiliares de los últimos instantes, que galopaban libremente al aire libre, en la pantalla televisora. Después, tosiendo y sintiendo un dolor vivísimo en todo el cuerpo, salió de la ruinoso sala de mando y se encaminó como un fantasma hacia la del trono...

Flash y sus amigos se detuvieron a alguna distancia del Valle del Trueno, mirando con pena hacia el lugar donde la muerte esperaba a la heroica reina.

—Nos hemos salvado por un pelo—comentó Frankie—. Pero me alegro. He aprendido muchas cosas de su ciencia.

—Volveré a Murania algún día para ver lo que ha pasado—prometió Betsy.

—Temo que no queden muchas cosas de la ciudad—les hizo observar Flash—. Pero, probablemente, encontraremos bastante uranio para hacernos ricos todos.

—¡Mira!—exclamó súbitamente Frankie—. Nuestro club de Jinetes del Trueno... ¡Y el «sheriff» viene con ellos!

Por entre las colinas cabalgaba una comitiva en su dirección. Betsy, saliendo del arroyo que la aparición le había producido, exclamó para Flash:

—Te detendrá por esa falsa acusación de asesinato.

—No habrá otro remedio—respondió Flash—. Pero, antes de que me metan en la cárcel, quiero ver a ese profesor Beetson y a los suyos para arreglar este asunto.

Sus amigos se despidieron de él y se separaron, yendo Flash hacia las excavaciones de los profesores y saliendo los hermanos Baxter y Oscar Pete al encuentro de los miembros del club y del «sheriff». Después de las exclamaciones de júbilo de ambas partes, empezaron las preguntas, que atajó Frankie diciendo:

—Toda Murania ha sido destruida. Todo el mundo ha muerto.

—No creo nada de esos cuentos de Murania—se burló el «sheriff»—. ¿Dónde está Flash Gordon?

Frankie guiñó un ojo a Betsy y ambos se echaron a llorar desconsoladamente. Los miembros del club notaron que la piel se les ponía de gallina, y Dale, sospechando lo peor, gimió:

—¿Quieres decir que Flash también ha muerto?

Los hermanos Baxter y los vaqueros continuaron gimoteando, hasta que el bondadoso «sheriff» se sintió conmovido y, dando una palmada afectuosa al hombro de Frankie, balbució:

—Lo siento. Comprendo vuestro dolor... Tal vez sea mejor... Tendría que detenerle por el asesinato de vuestro padre... Bueno, ahora volveremos al rancho. Vamos, muchachos.

Los profesores estaban explorando la parte más reciente de las excavaciones con el electroscopio. Lo que el aparato les in-

dicaba les dejaba perplejos. Por último, Cooper miró con irritación el índice del mismo y sacudió la cabeza.

—No está bien el electroscopio o ha habido una catástrofe en el mundo subterráneo.

—¿Qué es lo que pasa?—preguntó Sharp soltando el pico con que trabajaba.

—El depósito de uranio ha descendido a tres mil pies.

—¿Tres mil pies más abajo?—gritó Sharp—. No dará un golpe hasta saber qué participación llevo en este negocio.

—Hemos terminado si no participamos en los beneficios—le apoyó Jones.

—¿Y por qué han de participar en los beneficios?—les respondió Beetson—. Ustedes cobran sueldos.

—Muy bien. Si no quieren repartirlos, nos largamos—les anunció Sharp.

Y en vista de que los profesores no hacían nada para impedirlo, Jones y Sharp salieron de la mina, encaminándose de mala gana hacia los caballos. Cuando los tres profesores estuvieron a solas, Cooper avisó a Beetson:

—Pueden decirle al «sheriff» quién mató a Tom Baxter.

—No lo dirán—rugió Beetson lanzándose fuera de la excavación.

Desenfundó su pistola e hizo dos disparos. El primero alcanzó a Jones en el corazón, matándole. El segundo derribó a Sharp desde lo alto del caballo, quedando inmóvil en tierra. Hecho esto, Beetson comunicó a sus espantados cofrades:

—Hay que volver al rancho de la Radio o sospecharán que hemos sido nosotros.

Momentos después estaban muy lejos de la sima. Las detonaciones condujeron a Flash al lugar de donde se habían marchado a los profesores. En un abrir y cerrar de ojos se hizo cargo de lo ocurrido y, observando que Sharp daba señales de vida, se precipitó a su lado.

—¿Quién le ha herido?—preguntó—. Es mejor que me lo diga.

La muerte se pintaba en el rostro de Sharp cuando éste murmuró:

—Ha sido... ¡Oh!...

Se retorció en brazos de Flash y su cabeza se inclinó hacia atrás. Había muerto sin hablar. Flash, con los labios apretados hasta formar una línea imperceptible, ocupó la silla de su caballo y galopó decidido hacia el rancho.

En éste, todo estaba preparado para la emisión. Después de las canciones habituales y, durante una pausa, Dale expresó a Frankie su temor de que Flash no llegara a tiempo para la emisión. Su amigo levantó una mano para hacerle callar y escuchó unas señales Morse que interferían la emisión.

—F.L.A.S.H.—deletreó. ¡Es Flash!... Espera aquí y vigila al «sheriff».

Y Frankie entró a hurtadillas en el granero y luego en su laboratorio, desde donde Flash había emitido el aviso radiográfico. El vaquero, según pudo notar Frankie, estaba entre preocupado y contento, como si hubiera llegado a una determinación trascendental.

—¿Averiguaste algo?—le preguntó el muchacho con avidez.

—Uno de los sabios mató a Sharp.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente seguro—afirmó Flash—.Y no sólo eso: estoy seguro de que mataron a tu padre... Pero necesito una prueba.

—¿Y cómo vas a conseguirla?

—Saldré ahora por el pasaje secreto, cogeré mi caballo e iré al rancho para la emisión. Y durante la emisión...

Y prosiguió su explicación en voz baja.

Poco después, el locutor anunciaba a los radioyentes:

—Buenas tardes. Habla el rancho de la Radio. Aquí estamos otra vez con nuevas melodías del salvaje Oeste... Escuchen a Flash Gordon.

Este se adelantó hasta el micrófono y dijo:

—Esta tarde, antes de empezar, quiero darles una información que de seguro les interesará tanto como a nosotros... Hace algún tiempo tuvieron ustedes la desgraciada oportunidad de oír por la radio un verdadero asesinato durante una de nuestras emisiones...

El aparato de radio de la habitación de los profesores estaba conectado. Saunders, al oír la odiada voz, corrió a la ventana y miró por ella.

—¡Gordon!—profirió incrédulamente—. Está radiando.

Gordon, ajeno al parecer a la sorpresa que causaba su presencia, seguía hablando por el micrófono:

—Hoy, mientras cabalgaba por la llanura, tropecé con un hombre herido de muerte. Pero, antes de morir, me dijo quién le había disparado, asegurando que su asesino era el mismo hombre que asesinó a Tom Baxter...

Flash hizo una pausa y agregó:

—Y su nombre es...

Una detonación sonó en la ventana de la habitación de los profesores. Flash se arrojó de bruces al suelo y luego miró en torno suyo, pudiendo ver a Beetson, que saltaba sobre un caballo.

—Seguid la emisión—ordenó al ingeniero de sonido.

Poco más tarde, su caballo arrancaba al galope en persecución de Beetson. Aunque la distancia que separaba a ambos hombres era, al principio, bastante considerable, para Flash fué un juego de niños ir acortándola mientras hacía verdaderas proezas de equitación.

Finalmente, al borde de un barranco, se pegó al caballo de Beetson y saltó contra su enemigo. Los jinetes rodaron hasta el fondo del barranco, donde Flash dominó con facilidad a su adversario y, clavando sus acerados dedos en el cuello del asesino, le dijo:

—Usted volverá conmigo y les dirá quién mató a Tom Baxter.

—No sé nada sobre eso—negó Beetson.

—Si lo sabe—replicó Flash—. Sharp me lo contó todo antes de morir.

—Sí, yo maté a Tom Baxter—declaró cínicamente el profesor—. Pero, ¿cómo lo va a probar? Nunca hará creer al «sheriff» que yo le maté.

Flash le sacudió por el cuello y le obligó a ponerse en pie. Una sonrisa triunfal animaba el simpático rostro del vaquero.

—Creo que está usted equivocado, amigo—contestó haciendo

andar al profesor—. Según parece, Frankie aprendió algo de televisión allá abajo, en Murania... Vamos, andando.

Flash no fanfarroneaba. El «sheriff» había visto la escena y oído la confesión de Beetson en una pantalla televisora instalada por Frankie en su laboratorio. El «sheriff» lanzó un síbido de asombroso.

—Eso prueba su inocencia.

Y agregó intrigado el representante de la Ley:

—Pero, ¿cómo has inventado eso de la televisión?

—He trabajado mucho tiempo en ello—le contestó Frankie con modestia—. Sólo me faltaba este chirimbolo y me lo traje de esa Murania en la que usted no quería creer.

Y enseñó al «sheriff» un extraño artefacto de cristal y de alambre.

Sí, Frankie había rescatado algo de Murania, que, si les había perseguido, había terminado por prestarles un gran servicio.

El imperio subterráneo, cima de la civilización, parecía en aquellos momentos y el único espectador de su ruina era su reina, que, sentada en el trono, rodeada de humo, de polvo, de gases, con la muerte en el cuerpo y en alma, quizá pensaba que los hombres merecen ser castigados cuando sienten la soberbia sin límites, sin agradecimiento al Ser Supremo que los ha creado...

FIN



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . Charles Colling
Melodía de Broadway . . . Robert Taylor
Agencia de amor . . . Gene Raymond
Máster Financiera . . . Gino Cervi
Sopulada en vida . . . A. Nastari
Defensores del crimen . . . Richard Dix
Aventura Pompadour . . . Kate de Naji

Melodía roja . . . Billy Bergel
Cupido sin memoria . . . Ann Sothern
Marie Roux . . . Paula Wessaly
El con Varo . . . Olive Brook
Quimera de Hollywood . . . Jean Fontaine
Los tres engañados . . . Heinz Rühmann

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Tummy de los
elefantes . . . Sabú
Tú cambiarás de vida . . . M. Redgrave
Las dos niñas de París . . . C. Burghart
¿Es mi hijo? . . . Lil Dagover
La última cruzada . . . Gery Grant
Voces que juegan Harvey
Margarita Gauthier . . . Robert Taylor
Mortal sugestión . . . Ann Harding
Una chica insuperable . . . Danielle Darrieux
Rajo monta de la noche
Alarma en el expreso . . . M. Redgrave
Crimen de medianoche . . . Ramón Pareda
El signo de la Cruz . . . Fredric March
El asesino invisible . . . Walter Abel
Los dos pillatos . . . Jacques Teyss
Pygmalion . . . Leslie Howard
Maria Estuardo . . . Kath. Hepburn
Cuidado con la y. hace
Por la dama y el honor
El día que me quieras . . . Carlos Gardel
El pequeño lord . . . F. Barrowman
Tarsán de las fieras . . . Buster Crabbe
Albergo nocturno . . . Greta Garbo
El misterio de Villa Ross
Acusada . . . Dolores del Río
Forja de hombres . . . Mickey Rooney
La profecía millonaria . . . Gene Raymond
Los peligros de la gloria
La bella rebelde . . . Ann Sothern
Buscando fama . . . Don Ameche
Una mujer imposible . . . Jerry Lugo
El hombre del Níger . . . Victor Francen

Estraña en luna de miel . . . Hugh Sinclair
Andrés Harvey-Tenorio . . . Mickey Rooney
Feuto durado . . . Clark Gable
El secreto del marqués . . . Armando Falcón
Irene . . . Ana Neagle
Una hora en silencio . . . Franchot Tone
La batalla . . . Charles Boyer
La familia Robinson . . . Fr. Bartholomew
La mujer de las dos caras . . . Greta Garbo
Luna Blanca . . . Jean MacDonald
La hora radiante . . . Joan Crawford
Cuando ellas se encuen . . . Melvyn Douglas
El mito de Laura . . . Jean Fontaine
Una chica se divierte . . . Jean Arthur
Una mujer indelible . . . Lupe Vélez
El club 400 . . . Glynis Murphy
La vuelta del zorro . . . Gordon Barker
El gran jefe . . . V. Mac Laglen
Cuando los hijos se van . . . Fernando Soler
Otra vez más . . . Ronald Colman
La hermana del ma-
yordomo . . . Diane Durbin
Juventud ambiciosa . . . William Holden
El sospecho . . . Charles Laughton
Matrimonio de inconve-
niente . . . Diana Barrimore
Una chica afortunada . . . Jean Arthur
La dama del trueno . . . Diana Durbin
Documento Z 3 . . . Isa Miranda
Zaza . . . Claudette Colbert
Olivia . . . Kat. Hepburn
El duque de West Point . . . Jean Fontaine
El nuevo zorro . . . John Carral
Rutas infernales . . . John Wayne

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

COLECCION ALAS

75 céntimos

CARTAS Y DECLARACIONES DE AMOR
NUEVAS CARTAS AMOROSAS
LO QUE DESAGRADA EN LA MUJER
LO QUE DESAGRADA EN EL HOMBRE
EL SECRETARIO AMOROSO
LENGUAJE DE LAS FLORES
CUENTOS GITANOS Y VOCABULARIO CALÉ

1 peseta

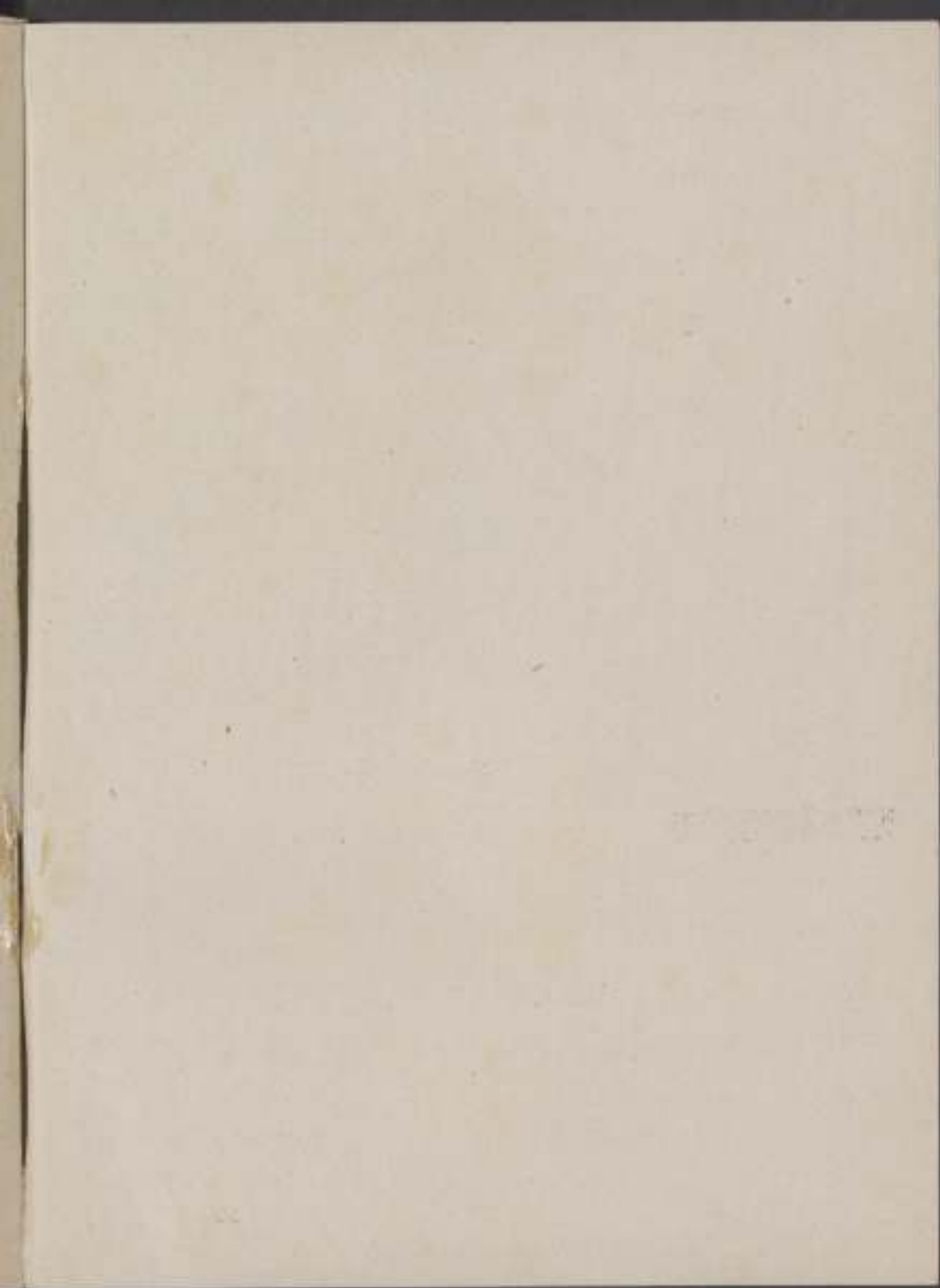
MANOJO DE CHISTES
PARA HACERSE AMAR
MANOJO DE PIROPOS
PENSAMIENTOS SOBRE LA MUJER Y EL AMOR
DECLARACIONES DE AMOR EN VERSO
EL ARTE DE CONSERVAR LA LINEA
CANTINFLERIAS (Chistes de «Continflase»)
ARTE DE COMER BIEN Y BARATO
PIROPOS ESTUDIANTILES
EL ARTE DE ENCONTRAR NOVIO
EL ARTE DE ENCONTRAR NOVIA
COMO ALTERNAR EN SOCIEDAD
CONSEJOS A LOS ENAMORADOS
FELICITACIONES EN PROSA Y VERSO
LLUVIA DE PIROPOS
CHISTES A GRANEL
4 CUENTOS DE AMOR
4 CUENTOS DE HUMOR
150 NUEVOS PIROPOS
JUEGOS DE MANOS
PRESTIDIGITACION
ADIVINACION DEL PENSAMIENTO
ILUSIONISMO
MAGIA

♦ ♦ ♦

LOS AMANTES DE TERUEL
ROMEO Y JULIETA
MANON LESCAUT
LA DAMA DE LAS CAMELIAS
PABLO Y VIRGINIA
OTELLO Y DESDEMONA
HAMLET Y OFELIA

PASATIEMPOS - CRUCIGRAMAS 1'50 pesetas
(publicación mensual)

Pedidos a Editorial Alas - Apartado 707 - Barcelona



Colección *Jorge Negrete*



Una creación de  **Atlas**

CANCIONERO

Canciones mejicanas.	una peseta
Creaciones de Jorge Negrete.	1'50 »
Jorge Negrete y Amanda Ledesma.	1'50 »
Jorge Negrete, sus nuevos éxitos.	1'50 »

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Biografía de Jorge Negrete «Genio y figura»	
Cuando quiere un mejicano	
Así se quiere en Jalisco.	
Diego Banderas	
Perjuro	
La madrina del diablo	

3'50

Pesetas

3⁵⁰ pesetas